

OTÉLO,

O EL MORO DE VENECIA.

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS,

TRADUCIDA DEL FRANCÉS

POR

L. A. C. A. L. L. E.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

| | | |
|---------------------------------------|----|-------------------------------|
| Mo, General de las tropas Venecianas. | ¶¶ | Edelmira, su hija. |
| Mocénigo, Dux de Venecia. | ¶¶ | Hermincia, Aya de Edelmira. |
| Mocedano, su hijo. | ¶¶ | Pésaro, falso amigo de Otélo. |
| Alberto, Senador Veneciano. | ¶¶ | |

escena es en Venecia. El primer acto pasa en la sala del Senado. Los tres siguientes en el palacio de Otélo. El último en el cuarto de Edelmira.

ACTO PRIMERO.

teatro representa la sala del Senado
 Venecia: los Senadores en sus asientos:
 y á los lados en pie varios Ministros
 subalternos.

ESCENA PRIMERA.

cen. Ilustres y gloriosos Senadores,
 ese vuestro temor y sobresalto.
 Al rumor del peligro que nos cerca,
 a Venecia las armas ha tomado.
 a Otélo valeroso ha reprimido
 insolente osadía y el descaro
 on que injustos intentan oprimirnos
 e la revolucion los partidarios.
 l fuego que en sus pérdidas entrañas
 or largo tiempo se ha reconcentrado,

de repente en Verona manifiesto,
 pretendió sorprendernos con estrago,
 mas solo su furor ha producido
 un susto pasagero y momentáneo.
 El cielo se declara por nosotros,
 y nos defiende su potente brazo.
 Luego á vuestros oídos la victoria...

ESCENA II.

Dichos. Pésaro entra precipitado. Mocénigo sigue hablando.

Mas Pésaro se acerca acelerado.
 Lusigne amigo del valiente Otélo, dé.
 ven... tú solo eres digno de contarnos
 las brillantes hazañas y victorias

con que Otelo á Venecia ha l'bertado.
Pés. Qué no hayan sido vuestros mismos
 ojos

fieles testigos de su ardor bizarro!
 Al entrar los rebeldes, él se opuso
 á su furia mas rápido que un rayo;
 él solo los contiene, y animoso
 á los de su faccion dice gritando:
 „auxílo, amigos, socorred la patria.”
 Al instante el soldado, el ciudadano,
 todos, todos acuden, y parece
 que un solo cuerpo juntos van for-
 mando.

Al notar de su rostro las señales,
 al ver su celo heroico, al acordarnos
 de su amor á la patria y sus virtudes,
 todos seguimos sus veloces pasos,
 de acompañarle siempre deseosos,
 y de participar su inmortal lauro.
 De los rebeldes el infame gefe,
 conociendo su pérdida, fue cauto,
 se apoderó de un puesto ventajoso,
 y evitó nuestro acero denodado;
 pero tardará poco en abatirse
 su furor, y su orgullo temerario ..
 llegarán luego á suplicar humildes
 el perdón... Desde aquí voy á obser-
 varlos;
 si esto no se consigue.. aun tengo sangre
 que verter en defensa del Estado. *vas.*

ESCENA III.

Dichos menos Pésaro.

Moc. Ya veis, ó Senadores, los disturbios
 que el partido rebelde ha suscitado:
 cuando la patria corre grandes riesgos,
 los grandes hombres son muy neces-
 sarios;
 por ella exponen sus preciosas vidas,
 nos toea protegerlos y animarlos.

ESCENA IV.

*Dichos. Odalberto entra presuroso y agi-
 tado. Mocénigo sigue.*

Mas, qué es esto? Odalberto, que os
 agita?

Ya Venecia el terror ha disipado?

Odalb. No señor... No es Venecia, no es
 la patria
 la que motiva mi dolor amargo;

es mi propia desdicha quien me agobia
 mi hija...

Mocen. Hablad.

Odalb. O tormento inesperado!...
 mi hija...

Mocen. Qué sucedió?... llorais su muerte
 la habeis perdido? qué funesto acas-

Odalb. No .. no murió... su muerte no
 arranca

las lágrimas copiosas que derramo...
 no... Yo pido justicia...un fiero mon-

truo,
 un vil, un corruptor, un temerario
 su corazon incauto ha seducido;
 injusto la arebata de mis manos...

Qué horror! Ya los ha unido el
 meneo

con un secreto y detestable lazo;
 contra mi voluntad, siguen la suya,
 el paternal decoro despreciando.

Mocen. Tiemblo al oír tan insolente i-
 famia:

este severo, recto y fiel senado,
 procurará celoso y diligente
 indagar el delito, y refrenarlo;
 el rigor de las leyes sacrosantas
 os vengará de un pérfido inhumano
 Nombrad el seductor...

ESCENA V.

*Dichos, y Otelo: este entra precipitado
 todos hacen un movimiento de sorpresa*

Odal. Miradle.

Mocen. Otelo!...

O Dios!

Odal. El es... él es... tiemblo, malva
 tiene mi indignacion y mi venganza
 Antes que prosigais á castigarlo...
 antes que descargueis el justo golpe
 que las leyes preparan á un ingrato
 á un extranjero vil, pérfido amigo
 que ha sembrado el horror, la mue-
 el llanto

en mi noble familia... Yo os suplico
 generoso Mocénigo, y aguardo
 deis orden de que al punto á mi p-
 sencia
 conduzcan á Edelmira.

Mocen. Egecutadlo. á los guarda-
 Edelmira al momento hácia este
 obediente y puntual gúe sus paso-
 que su padre Odalberto se lo ma-

dalb. Duñl. sois padre... teneis un hijo amado, jóven, virtuoso, dócil y sumiso, que de nue tra ciudad vive lejano, y que ignora las artes maliciosas, y la ingratitude, la seduccion y engaño. En nombre de tal hijo, única prenda de vuestro amor... en nombre de mis años, en nombre de mis canas respetables... castigad, castigad á ete culpado, á ese vil seductor, á ese perverso. *ó Otel.* Respondeme, traidor... respónde, cuando conqué ardides, qué medios tan odiosos, de Edelmira el amor has grangeado? quién!... quién ha de creer, que una inocente jóven, que veneraba mis mandatos, que temblaba al oír mi voz paterna, y hubieran aspirado á sus encantos mis rivales, zelosos uno de otro, de un monstruo, como tú se haya prendado?
él. No... señor... no me atrevo á responderos, conozco la razon, la siento, y callo; teneis derecho para confundirme... Pero ya que me habias perdonado, mi nacimiento, y mi patria, al concederme vuestra dulce amistad... señor... dignaos de mirar mi pesar, y no la pena que en este dia sin querer os causo. El cielo puso dentro de mi pecho un corazon sensible al dulce halago del amor... este solo es mi delito... Si á mi eleccion, señor, hubiera estado, en Venecia naciera... no en la Libia; y no penseis que el hado tan contrario puso mi cuna entre sangrientas fieras: es un baldon el nombre de Africano? El color de mi rostro me ha impedido el probar el esfuerzo de mi brazo... Llámame el Moro, y para mí este nombre, lejos de vituperio, es un aplauso: puede que pase á los remotos siglos, y la posteridad sabrá apreciarlo: solo cifré mi nombre en los trofeos: pero el amor cruel ya me ha enseñado á desdeñar la gloria de las armas:

y mi triunfo mayor, mi mayor laureo será, si conocida mi inocencia, ésa terrible cólera desarmo: á costa de mi sangre ver quisiera vuestro furor tranquilo y aplacado. Si carezco de nobles ascendientes... si olvidé los deberes sacrosantos de un amigo... contad las cicatrices, que hicieron en mi cuerpo horrible estrago.

Considerad que salgo de un combate, considerad que vos me habeis amado... y en fin... tened presente, que este Moro su sangre prodigó por libertaros.

Otal. Tu valor qué me importa?... bien se puede

con un corazon pérfido y malvado ser intrépido y fuerte en las batallas... Yahace tiempo que estabas preparando el sangriento puñal con que mi pecho injusto y fementido has traspasado. Senadores... mi nombre se profana, procurad se conserve puro, intacto nuestro decoro, y el de nuestras hijas. Si las teneis... si las amais... acaso la afrenta, que me cubre en este dia, llegará con el tiempo á degradaros; procurad evitar con su castigo el deshonor que puede resultarnos; mi hija... ó dolor! él fue mi amigo! en él habia yo depositado toda mi confianza... y tú, perverso, la seduces, y así me das el pago!

Mocen. O él... respondió. Apenas puedo pensar que tan enorme desacato, despreciando las leyes mas sagradas, vuestra noble conducta haya manchado:

por qué medios, decid ese cariño?..

Otel. Sí señor... estoy pronto á declararlos.

Odaiberto tranquilo y satisfecho, consigo me tenia en su palacio, y con frecuentes súplicas me instaba refirieme mi vida y mis trabajos; yo, por condescender á sus deseos, la historia de mi vida le he contado desde mi cuna hasta el presente tiempo:

mis guerras, mis fatigas y quebrantos, mi navío en los mares mas remotos contra las duras rocas estrellado... la muerte casi siempre en mi presencia; mientras hablaba yo, quieta y temblando

712986 862.8 1* T2551

V.12, NO. 15

Edelmira escuchaba mis palabras, y cuando su deber, ó sus cuidados la apartaban de mí por un instante... solicita volvía, y anhelando á oír la exposición de mis desgracias, que la excitaban compasivo llanto. Un día... el mas fatal para mi suerte.. á su tierna piedad ofrecí el cuadro de las adversidades é infortunios, con que me persiguió el destino infasto.

„ Y qué (decía) Otélo, tú te hallaste entre cadenas? tú te vis'e esclavo? „ tú lleno de prisiones?... Ah!.. si el cielo

„ me hubiese conducido á ver tus brazos,

„ con injusto rigor el grave peso de las viles cadenas arrastrando...

„ aunque débil muger... sí... ciertamente...

„ Con qué placer hubiera yo trocado por tu suerte infeliz la suerte mia,

„ ó por ti hubiera muerto sin reparo!..

„ O Dios! Si algun intrépido guerrero pretende hacerse dueño de mi mano..

„ dile, que me refiera sus hazañas

„ con un estilo tan sencillo y grato.

„ No hay que dudar, mi corazón es suyo.¹⁷

De su amable candor quedé admirado; el color vivo de su rostro hermoso desapareció luego; el tierno llanto, que de sus ojos prorumpir quería, procuraba solícita ocultarlo.

Mis lágrimas se juntan con las suyas.. Con tales muestras comprendimos ambos

de nuestros corazones el secreto.

La compasion su amor me ha consiliado,

y el ver su compasion encendió el mio.

Estas las artes son y los engaños con que á los dos, señor, ha seducido el inocente amor que respiramos.

ESCENA VI.

Dichos. Edelmira, Hermancia.

Ed Detente.. ¿ dónde estoy. á Hermancia.

Odal. Entra.. qué aguardas? á su hija. sigue á tu guía.. qué, temes acaso mostrar tu rostro hermoso y apacible?

de la virtud impropio es el espanto.

Edel. Mis ojos se obscurecen.. y mi cuer con el susto fatal se halla postrado.

Odal. Y vos que de su cándida inocencia fuisteis la salvaguardia en mi palacio y que los tiernos años de su infancia en la santa virtud habeis criado, de vuestro celo veo ya los frutos, y por ellos mil gracias debo daros; Edelmira sin duda no ha sufrido bajo vuestro poder un duro trato.

Edel. Dame tu apoyo, mi querida Hermancia..

Odal. La cólera impetuosa contengamos. Es aqueste tu esposo?... dí.. responde

Edel. Qué respuesta he de dar!.. O padre amado,

conozco que el magnánimo guerrero que confundiendo estais, y despreciando,

jamas habrá debido prometerse ser el dueño absoluto de mi mano.

Mas Venecia publica sus victorias, y vos mismo tambien con entusiasmo

de sus triunfos heroicos y gloriosos muchas veces, señor, me habeis hablado:

ellos mi corazón enternecieron; no lo niego, señor, el dulce encanto

que al oír de su boca tales hechos mi corazón probaba, le ha excitado

á estimar un guerrero, que mi patria honra con justo y merecido aplauso.

Y cómo siendo igual su bizarría á la que en todo tiempo demostraron

nuestros abuelos, no es á vuestros ojos mas que un feroz y bárbaro Africano.

El Senado le estima, el pueblo le ama. Venecia de su ruina se ha librado

por él solo; y aun puede socorrerla, si otra vez necesita de su amparo.

Aplacad vuestro enojo, padre mio permitid..

Odal. Quitate. Yote lo mando: levántate del suelo.

Mocen. Ya postrada implora vuestra gracia.. sí.. apiadaos ved su dolor...

Odal. Yo pienso en mi venganza.

Mocen. Mas cuál es vuestro intento?... claradlo.

Odal. Prendedle.

Señalando á Otélo con rapidéz.

Mocen. A un vencedor...

En su delito,
 en su gloria ni en su valor reparo.
n. Pero su gloria exige que à lo me-
 nos

que su causa nuestro fiel Senado.
 Mas la gloria y triunfos nunca deben
 vir de asilo á péridos malvados.

n. Moderad esa cólera imprudente,
Severidad.

alberto, mirad que estais hablando
 el Senado Augusto de Venecia.
 Ventura este cuerpo soberano
 verá procediendo á su castigo,
 milde obedecer vuestro mandato?

su interes solo arregla su justicia. *fu.*
n. Qué escucho? *(rioso.)*

Defendad á un hombre osado...
 vuestros semblantes su perdon indican,
 veo reunidos en mi daño,
 puestos en favor de una alma baja:
 nunca premiaron los Republicanos
 otro modo á quien sirve sus capri-
 chos;

es luego... mi venganza...

n. Reportaos,

alberto... mirad que vuestra lengua
 en insulto á la patria ha maltratado;
 pedme... ese despecho y ese orgullo...
 Venecia no acostumbra á tolerarlo.

Aun es tiempo... tú puedes aplacar-
 me...

coje entre los dos...

l. O padre amado!

Basta; veo adornada su cabeza *al irse.*
 una diadema puesta por las manos
 de su conquistador... espero sea...

n. Odalberto, qué dices?

Mis cuidados

nada te importan, que mi justa causa
 yo la defenderé, y el cielo santo
 me ayudará tambien.. Tú, hombre per-
 verso!...

¿me has vendido!.. sí... tú me has bur-
 lado!...

¡O cielo! permite que en castigo
 padezca como yo fanesto engaño.
 Abre á sus ojos la traicion horrible
 con el alegre halagueño manto
 que la augusta verdad, nunca consiga
 que llegue la verdad á iluminarlo.

Si alguna vez se pone ante sus ojos,
 úbrela con el velo del engaño.
 Confúndele con su apariencia vana;
 que su pecho dudoso y agitado,

sin hallarla jamas, se desespere,
 y sufra los suplicios mas tiranos;
 un falso resplandor le precipite
 en el profundo abismo... que buscando
 la virtud, solo encuentre los delitos;
 y que por fin le llegue el desengaño
 cuando salir no pueda del abismo
 en que su error le habrá precipitado.
 Tú, que fuiste mi sangre... infelizhija!..
 hija desconocida!.. El cielo santo
 me instruye de la suerte que prepara
 á tu bárbaro crimen... á tu falso
 y doble corazon... sus manos propias
 la desgracia en tu frente han colocado:
 créeme... sé vigilante.. Si tu esposa á Ot.
 ha engañado á su padre, no es extraño
 que con el tiempo engañe á su marido:
 tenlo presente... á Dios.

ESCENA VII.

Dichos, menos Odalberto.

Edel. Ab!.. yo engañarle!..

yo engañar á mi esposo!... santos cie-
 los!..

Mocen. No os altereis... furioso ha pro-
 nunciado

palabras tan horribles y espantosas,
 su cólera espantosa desahogando;
 es violento, tambien es compasivo:
 lo será con vosotros, esperadlo,

que al fin la sangre templará su enojo.

Si, Otélo... tu pesar... tus nobles lauros
 hablan en tu favor, y te prometen
 que serás de Odalberto perdonado:

entre tanto, procura que Edelmira

deseche su temor, cobre el descanso

que alejó de su pecho este suceso;

mas advierte tambien que en nuestros

campos

aun no cesó la guerra, y los rebeldes

acaso volverán á perturbarnos.

Otel. Mustre y noble Dux... Senado au-

gusto,

conozco que Odalberto se ha irritado

con razon... y podrá esperar Otélo,

que con el tiempo logrará aplacarlo

vuestra bondad, y que los dos esposos

el perdon de esta culpa consigamos?

Arbitros sois de nuestra comun suerte;

soy un hombre, señor, soy un soldado,
 y no tengo otros títulos, nacido

en un pais inculto... me educaron

lejos de grandes y pomposas córtes:
mis palabras carecen del ornato,
que hace riunfar al vicio con frecuen-
cia:

mi sentir con el arte no disfrazo.
Nuestros dos corazones inocentes
con puro amor se vieron estrechados;
á Edelmira agradé sin pretenderlo,
la seduccion ignoro y los engaños;
ya conoço mi dicha incoaparable,
merecerla y ganarla es necesario.

En qué parte del orbe, en qué regiones
ordenais á este Moro despreciado
que tremole tranfante las banderas
que distinguen el pueblo veneciano?
quero que digan los futuros siglos
al oír mis victorias admirados:

„ Cuando Venecia intrépida aspiraba
„ de los mares al cetro soberano
„ con sus muchas escuadras poderosas,
„ Edelmira vivia... y á su lado
„ el Moro Otélo, célebre guerrero,
„ mas célebre se hizo... este Africano
„ la adoraba... su frente victoriosa
„ supo hermoarsear con sus triunfantes
lauros.”

Mocen. Los grandes corazones siempre
agradan

con tales medios al objeto amado.
Sí, valeroso Otélo, sed el mismo;
si Edelmira logró con sus encantos
ser amado de vos... tambien es cierto,
que Edelmira ha nacido para amaros.
El afecto mas suave y poderoso
distinciones de honor siempre ha igno-
rado

amare libre... lejos del orgullo
de títulos magníficos y vanos.
El que sirve á la patria con mas zelo,
aquel deberá ser el mas honrado.
A un heroico guerrero le dispensa
de abuelos nobles su invencible brazo.

ESCENA VIII.

Vanse todos, menos Otélo y Edelmira.

Edel. Dí, nos perdo raré por fin mi padre?
mi padre... que á los dos amaba tanto!..

Otel. Sílo espero, Edelmira, sí lo espero,
y tú tambien debieras esperarlo,
mas calmá los temores que en tu pecho
su furor y su cólera ha excitado:
verá que en nuestro mutuo y fiel cariño

nada perdió su honor; pero entre
demostramos gracias al cielo. Qué gran
ya piensa que himeneo ha vincula
vuestros dos corazones: si supiera
que aun no soy dueño de tu her-
mano,

dé mi lado al momento te arranca
de ti, mi bien, me hubiera separ
¡Ib! yo embebecido.. presuroso
á jurarte en el templo sacrosanto
un eterno cariño... al mismo tien
que ya tocaba en el supren o grado
de mi felicidad... la dura guerra
y el honor me obligó á salir al cam
Pero ya llegó el día venturoso
en que secretamente nos unamos
con las dulces cadenas de himeneo,
pará siempre querernos y adorarn
Crees en mi juramento?..

Edel. Y tu lo dudas?

Otel. Yo sospechar de Otélo!.. Yo ultraja
mi corazon al tuyo se abandona;
pero tambien creerás, dueño ad
que el amor que se abriga en este
el mundo entero no podrá borrar?
Olvidas la amenaza de mi padre?

Otel. ¡Oh! no la he de olvidar! Si por
la sospecha mas leve te privase
de tu tranquilidad y tu descanso,
la mano que conserva mi existen
la destruya con fin el mas infanso

Edel. Con que tu corazon está gozoso
Otel. Mil veces sin temor he arrostrado
la furia de los vientos y huracanes
el rayo en mi cebeza amenazando,
las olas impetuosas elevadas,
el hondo centro de los mares anch
Después de tan horrendas tempest
las aguas y los vientos serenados,
cuán dulce era la calma... mas no
á la serenidad en que me halla,
á esta dicha sin límites, que nunca
gozó tan grande el corazon hum
á la tranquilidad ir comprensible
en que todo mi ser se halla anegad
El alma salir quiere de su centro
de gozo y de placer... apenas basto
con todos mis sentidos y potencia
á contenerlo en mí, ni á declararlo
en este instante yo morir debiera.
Tú, que ves mis deseos, cielo santo
oye mis ruegos, mira como padre
á mi esposa, que huérfana ha qued
Haz que en mi compañía su destin

todo placer, todo descanso:
 pusiste tesoro tan precioso
 re manos de un bárbaro insensato:
 a guardarle, y para ser su dueño
 ne aquellas virtudes que le has dado:
 me su semejante, y que merezca
 frutar tal honor, y bienes tantos.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa el palacio de
 Odulberto.

ESCENA PRIMERA.

Edelmira y Hermancia.

Es posible?.. Yo lloro contemplando
 mi querido Otélo la morada.
 ánto á mis ojos agradable fuera
 si mi padre y mi esposo dentro hallara!
 Concluya Otélo pronto el himeneo,
 cúltele la sombra mas opaca!
 Al secreto himeneo me convida,
 emplea su cuidado y vigilancia
 que le cubra un velo misterioso.
 tú, querida!.. tú, que dedicada
 er mi conductora y mi maestra,
 e jamas de mi lado te separas ..
 sola eres mi alivio y mi consuelo.
 qué dulzura se siente cuando el alma,
 en la tristeza y penas oprimida,
 en sustos y congojas agobiada,
 en alma encuentra generosa y pura
 e participe de su suerte amarga,
 sienta sus pesares, y que enjague
 s dolorosas lágrimas!.. O Hermancia!
 Señora.. que ..
 Desde que vine al mundo
 e has dado pruebas manifestas, claras
 tu amor, de tu zelo y tu ternura.
 Al punto de nacer, regocijada
 dí el primer asilo entre mis brazos.
 qué amor, ni qué cariño al mio iguala?
 El cielo, protector de las virtudes,
 e privó de mi madre y de mi hermana
 a lo sabes.. ay triste!.. Ahora me priva
 el cariño de un padre que me amaba!..
 m. No lo dudeis, señora, con el tiempo
 encerramos su cólera obstinada:
 en la bondad del cielo confiamos,
 ue siempre defendió la justa causa.
 l. Ahora reconozco mis delitos!
 m. Otélo justifica vuestra falta;

toda reconvenccion ceder debiera
 á la voz de sus inclitas hermanas.

Edel. Se dice que por mares procelosos
 á tierras muy distantes y lejanas
 marcha pronto á empeñarse en nuevos
 riesgos.

Herm. El volverá triunfante á nuestra pa-
 tria.

Edel. Si Marte en los combates le de-
 fiende,

temo las tempestades y borrascas

Herm. Y vuestro corazon siempre abati-
 do...

Edel. Ah! yo amo y temo, mi querida
 Hermancia...

Pero dime; si el cielo conservase
 la vida de mi madre desgraciada,
 no hubiera conseguido de mi padre
 que himeneo á los dos nos enlazara?

Herm. Sí lo creo, señora,

Edel. Qué lamentos!

qué pesares su pérdida me causa!...
 Tú misma no has podido mitigarlos.

Herm. De Venecia distante yo me hallaba
 en época tan triste, y de mi padre
 me privó la inflexible y dura parca.
 Mi boca os ha explicado muchas veces
 de su muerte cruel las circunstancias;
 pero vos de la muerte de una madre,
 de una madre que tierna os adoraba,
 aun no me hablasteis. Cómo vuestro
 pecho

se obstina sin razon en ocultarla?

Edel. Yo temo en referirla, Hermancia
 mia,

que el amor y mi padre me acobardan:
 despues que me persiguen obstinados,
 mas que nunca presente está á mi alma.
 Sin duda he merecido mis desdichas!..

Herm. Y qué no podré yo participarla?
 no podré consolaros, Edelmira?

Edel. Tú, desde que nací, querida Her-
 mancia,

testigo fuiste de mis pasos todos,
 de la profunda paz y de la calma
 en que pasaron mis primeros años:
 obediente á mi madre y á mi hermana,
 de su amistad gozaba las dulzuras,
 mas pronto el cielo me mostró su saña,
 amenazando á mi infelice madre
 con una muerte, por mi mal temprana.
 La ví debilitarse cada dia:
 ví de su rostro afable marchitada
 la brillante hermosura, y por momentos

sus fuerzas consumidas y postradas.
 En el último instante, cruel memoria!
 su inquieto pensamiento se ocupaba
 en algun triste y doloroso objeto:
 me miraba confusa y asustada,
 y con sus ademanes parecia
 me intentaba librar de una desgracia
 venidera: y en fin, con voz terrible
 pronunció al espirar estas palabras:
 „Hija mia, Si tú la paz deseas,
 „baja conmigo á mi sepulcro, baja.
 „Qué preveo? ¡ó destino! entre las
 sombras

„morirás inocente y desgraciada!”
 Esto dicho, sus brazos de repente
 con varios movimientos se esforzaban
 por alejar mi muerte; y parecia,
 al contemplar sus congojosas ansias,
 que el acero cruel sobre mi pecho
 una mano traidora levantaba.
 Trémula y débil al momento mismo
 llora, extiende sus brazos, y entre-
 laza

mi cuerpo con su cuerpo doloroso,
 mi seno con el suyo se estrechaba,
 y con voz moribunda me decia:
 morirás inocente y desdichada!

Herm. Temblais, señora?

Edel. Sí, todo lo temo:
 mi destino, mi amor, estas palabras
 algun dia tendrán su cumplimiento.

Herm. Qué decís?

Edel. Ya de todo estoy privada,
 sin madre; sin hermana, sin amigos,
 sin apoyo, y en fin, sin esperanza:
 no me abandones, no

Herm. Yo abandonaros!...

Aunque la suerte adversa me llevara
 al espantoso centro de la tierra,
 ó del voraz sepulcro en la morada,
 seré fiel hasta el último suspiro.
 El respeto, el valor, la amistad santa,
 el zelo y el afecto que una madre
 abrigó para vos en sus entrañas,
 todo, señora. todo en mí se encuentra;
 y si el cielo inflexible no se apiada
 de vuestro error... yo sola deberia
 recibir el castigo de esta falta.

Ese vano presagio no os perturbe.

Otelo es el baluarte de la patria.

Ved su nombre triunfante en todas par-
 tes:

vencedor en Europa y en el Asia;

ved su célebre nombre por sí solo

que se vengó de la fortuna ingrata.
 Sus hechos, no sus padres, le en-
 cen;

poned en una justa y fiel balanza
 su mérito; y los útiles trabajos
 que ha emprendido en defensa
 patria.

Comparadle á esos nobles de Venecia
 que solo por sus vicios se señalaban,
 y que de sus gloriosos ascendientes
 solo heredaron la notoria infamia
 de ser hijos indignos de sus padres:
 de fructífero tronco estéril rama.
 Ah! si debéis temer, es que los casti-
 guen el orgullo y arrogancia
 con que á un ardor legitimo se oprimen
 vuestro padre Odalberto. No hay
 alma

que no apruebe el amor que si-
 Otelo;

de todos sois querida y estimada.
 Si la amable inocencia puede dar origen
 de una suerte feliz las esperanzas
 si la dicha se encuentra acá en la tierra,
 sin duda os pertenece disfrutarla.

Edel. Tu pronóstico mi alma lisonjea.
 Tú me vuelves la vida; tú me
 cantas,
 y me haces esperar; mas qué
 acerca?..

oigo ruido ..

Herm. Señora: en esta casa
 debo ser diligente... permitidme...

ESCENA II.

Edel. Fiel compañera de mi suerte
 infausta!

La ternura redobla tu cuidado
 y bien lo necesita. Ah! cuán incauto
 muchas veces corremos al peligro
 que sin saberlo nuestras manos labramos.
 Sí, procura industriosa y diligente
 tranquilizar mi turbacion amarga.
 La gratitud que tengo á tus bondades
 habita en mí desde la tierna infancia.

ESCENA III.

Edelmira y Hermancia.

Herm. Señora, un joven, á quien des-
 nozco,
 pretende hablaros: veo retratada

en su rostro apacible la tristeza;
pero su voz, su juventud, su gracia,
el dolor que le oprime mas que todo,
hablan en su favor.

Edel. Que venga, Hermancia.

ESCENA IV.

Edel. Como soy infeliz, me compadezco
el triste á quien persigue la desgracia,
mi mayor placer, mi mayor gloria,
quería, si pudiese, mitigarla.

ESCENA V.

Edel. Mira y Loredano. Hermancia in-
troduce á Loredano, y se retira.

Edel. Aunque vuestra venida me sor-
prende,

acuchará gustosa las palabras
que decirme queráis; si vuestro pecho
sufre, y de su dolor la confianza
quiere depositar dentro del mio,
bien lo podeis hacer con alma franca,
hablad: sabed que con qué motivo
buscándome venisteis á esta casa?

Edel. Si os oprime la suerte, declaradme
por qué medios podría yo aliviarla.

Edel. Aliviar! no, señora: mi destino
me robó el solo bien que me quedaba;
no tengo que esperar, mis graves penas
no pueden ya jamas ser remediadas:
con vuestra compasion, con vuestro
llanto,

no conseguireis el agravarlas.

Edel. Pues qué quereis? hablad.

Edel. En este instante

me dá á ceñirme de lucientes armas

contra los del partido sedicioso,
morir en el campo por mi patria.

Edel. El perdón han pedido, y alcanzado,

pero no pude cumplir mis esperanzas;

pero corre la voz de que Venecia

ha secreta expedicion prepara:

Edel. El puerto la escuadra se dispone,
un Otelo valeroso la comanda.

Edel. Ha escogido intrépidos guerreros,

valerosos, vigorosos, y con ansia

de mostrar los peligros: yo los busco,

pero deseo los riesgos. Podrá mi alma
conjearse de partir con ellos?

Edel. Edireis en mi nombre aquesta gracia?

Edel. Qué deseos señor! qué peticiones!

Edel. Cómo quereis que yo las satisfaga?

Edel. Por qué buscais peligros?.. responded-
me,

Lor. Por morir.

Edel. Por morir!.. idea extraña!..

Edel. no podeis desechar tales deseos?

Lor. La muerte pondrá fin á mi des-
gracia.

Edel. Y tan jóven, estais desesperado!..

Lor. La juventud es la estacion tirana
de penas y dolores.

Edel. En mi propia
esa triste experiencia se declara.

Edel. Ninguno ignorará mi cruel destino..

Lor. Nadie, señora.

Edel. Con que así la fama
publica por el orbe mis amores! *aparte.*
Compadece mi suerte desgraciada?

Lor. Conocen la influencia inevitable
de la hermosura: miran enlazadas
dos almas, que han nacido para amarse:
pero la ciega cólera, y la saña
de vuestro padre... temen...

Edel. Que? decidlo.

Lor. Temen que sus acciones temerarias
exciten la venganza del Estado.

Edel. Qué escucho!... santo Dios!..

Lor. Las asechanzas

le rodean: su genio es violento,
y en el instante que mi boca os habla,
acaso le conducen á la muerte.

Edel. A la muerte!.. Ah señor!.. sea vuestra
alma

sensible á mis dolores rigurosos:

bien conoceis las leyes inhumanas

de Venecia; mi padre va á perderse.

Edel. Si teneis compasion de la obstinada

é inflexible desdicha que persigue

estos dos corazones que se aman;

si la naturaleza tiene imperio

en el vuestro, señor; si por desgracia

el amor ese pecho ha enternecido;

si permitís, en fin, que yo me valga

de vuestro auxilio, dádsele á mi padre;

libradle de la muerte que le amaga.

Edel. Qué beneficio para mi tan grande!

Edel. El proteger su vida, el ampararla

es conservar la mia; el cielo mismo

me parece os condujo á esta morada

para salvar al padre y á la hija.

Edel. No me neguéis, señor aquesta gracia.

Edel. Partid, no os detengais; el tiempo vuela:

Edel. mirad el llanto que mis ojos baña,

Edel. mirad mi situacion: tiemblo, fallezco,

y rendida me postro á vuestras plantas.

Lor. A mis plantas!.. ó Dios!.. pensais, señora, que mi pecho esas lágrimas aguarda!.. con que es verdad!.. Yo puedo socorreros!

santo Dios!.. Si la muerte deseaba, ya solo aspiro á que alargueis mi vida. no mas ruegos .. feliz en mi desgracia!.. Con que voy á salvar á vuestro padre!.. Si del mio la vida libertara, no sería mayor mi regocijo.

Pero quedad tranquila y reposada.

Voy á seguir sus pasos diligente: mi zelo y mi valor me darán alas.

Si la ocasion exige que mi sangre en su defensa sea derramada, la verteré gozoso y satisfecho, y vuestra estimacion será mi paga.

ESCENA VI.

Dichos. O'elo y Pésaro entran á este tiempo: ven desde lejos á Loredano, le miran con atencion, igualmente que á Edelmira; pero se supone que por la distancia no pueden reconocer á Loredano; este sigue:

Señora, pronto vuelvo hácia este sitio.

Edel. Yo confío, señor, que mi esperanza...

Lor. A Dios.

Edel. A Dios.

Lor dano y Edelmira se retiran por diferentes lados: Pésaro y O'elo se acercan mirándolos, hasta que los pierden de vista.

O'el. Quién es aquel?

Pes. Distant'e

de su rostro las señas observaba;

su presencia me indica que es un jóven.

O'el. Cielos! quién le introdujo en esta casa? Qué me dices, amigo?

Pes. Yo .. lo ignoro.

O'el. Pero, Pésaro, dime, no notabas en sus gestos, postura y movimientos de una extraña afliccion señales claras? aun creo que sus lágrimas saltaron.

Pes. Llamad, pues, á Edelmira, preguntadla.

O'el. Su llanto qué temor ha de causarme?..

En un alma tan noble y acendrada todo es puro, sencillito é inocente; todo es bello y hermoso como el alma. La mia es firme: de su fe no duda con mi amor el respeto se acompaña. Yo preguntarla!.. yo, Pésaro mio, que veo la virtud acrisolada de este objeto halagüeño y cariñoso. No hablo de la hermosura y de las cosas

de mi amada Edelmira, hablo tan de su pecho, que libre de arrogancia libre de orgullo, sabe ser constante y libre de furor arde en la llama mas sincera y honesta, y sin cautela con ingenuo valor sabe ocultarla.

Tú me conoces, tú testigo has sido de mi ardor en las lides y batallas. libre desde mi cuna, viví siempre entre el ruido terrible de las armas.

Al honor dedicando mis fatigas, y ocupado en la gloria, no piensa que mi corazon libre independien algun dia al amor se sujetara:

mi vida siempre á la voluble suerte abandoné; pero despues que mi alma se vió sujeta al amoroso yugo,

un nuevo ser habita en mis entrañas me parece comienza mi existencia qué placer tan dichoso me arrebató.

Sí: por una palabra de Edelmira por un leve suspiro, una mirada cederia la pompa y los laureles,

que en los combates los guerreros gozan para adornar su frente victoriosa.

El amor... cuándo yo lo imagino me inspira el menosprecio de la gloria. No concibes el fuego que me abraza.

Tu fragilidad se asombra, lo como y acaso de mil males te resguarda. Amigo, segun creo, la fortuna á las banderas otra vez me llama.

Si vuelvo vencedor del enemigo, si otra vez me coronan mis hazañas perdonará Odalberto mis errores y sensible á mi gloria...

Pes. En vano tratás de obtener el perdon: muy mal cosa la vil ingratitud, y la arrogancia de esas almas venales y perversa ligadas para ruina de la patria,

para oprimir al mundo, y devorarlo.

nira como ambiciosos arrebatan
 a dulce libertad al pueblo incauto:
 mira como orgullosos le degradan,
 dejando á sus legítimos derechos
 e su poder una apariencia vana.
 Ellos le usurpan, ellos le conservan;
 la virtud y valor el pueblo ensalza;
 pero á sus ojos no eres otra cosa
 que un vil aventurero.

¿ Esa palabra,
 me insolentes pronuncian en mi opro-
 bio,

¿ yo agradecerla y estimarla.
 ¡ gracias á su orgullo, me ennoblecen,
 no mis ascendientes, mis hazañas.

¿ para con qué astucia cautelosa
 los monstruos veneran y consagran
 su cuna quiméricos derechos;

¿ que sin ellos, qué serían?.. nada.
 ¿ yo, que en el Africa he nacido,
 donde se ignoran distinciones vanas;

¿ que tengo en mis hechos la nobleza,
 vigor, la energía me acompañan,
 conozco el cruel remordimiento,

¿ e el corazon culpable despedaza:
 ¿ embargo, confieso que Odalberto
 en varias ocasiones con humana

¿ nura su bondad me ha demostrado.
 ¿ rece del desden, y la jactancia
 orgullo; y acaso dará oídos

¿ a naturaleza si le habla.
 No, no, de su altivez triunfar no es-
 peres.

¿ alberto, jamas...
 El tiempo pasa,
 no debe perderse, amigo mío:

¿ as horas las tengo destinadas
 a dar cumplimiento en los altares,
 al himeneo que mi amor prepara.

¿ alberto me aflige y enternece.
 mis resoluciones me acobarda:
 el ombre paternal, y sus derechos

¿ ompasion me mueven; su cansada
 actitud he llenado de amargura;
 ¿ e perdiere... en fin, la vigilancia

¿ gobierno se extiende á todas partes;
 ¿ nil modos su astucia se disfraza.
 ¿ í mismo, en el seno placentero

¿ as delicias, con cautelas varias
 observa y nos mira recelosos;
 ¿ a mano saugrienta siempre armada

¿ a hierro vengador, sigue al camino,
 ¿ riendo con un velo sus tiranas
 horribles injusticias; tiene oculta

la sentencia, la víctima y la causa.
 Aquí en los mas profundos calabozos
 la inocente virtud abandonada,
 llora sin que se atiendan sus gemidos;
 un leve movimiento, una palabra
 ofende á nuestro estado; y su justicia
 siempre, mas que justicia, fue venganza.

Sin noticia del padre, ni del hijo,
 privan al hombre de la vida amada:
 la espada hiere; mas con golpe oculto,
 en silencio la sangre se derrama
 injustamente, y cuando la sospecha-
 comienza, los verdugos se preparan;
 de Odalberto el peligro me estremece.

Pes. Aun hay otro peligro de importancia,
 que debe estremecerte. Por ventura
 no sabes á qué excesos arrebató
 el amor en Venecia? No conoces
 con qué artes, qué rodeos, y qué mafias
 se disfraza el furor de las pasiones?
 Con qué serenidad hoy se quebrantan
 las leyes del honor? Otélo, amigo,
 Edelmira aun no es tuya: ve, despa-
 cha:

no dilates un punto ese himeneo.
Otel. Fiel amigo! tu ayuda es necesaria
 para que oculto quede entre nosotros.
 Llévanos al altar, y sin tardanza,
 en presencia del cielo, y en la tuya,
 se enlazarán gozosas nuestras almas.
 En medio del egército, en el campo,
 entre el ruido confuso de las armas,
 nuestros dos corazones se estrecharon
 con la amistad mas pura y mas sa-
 grada.

El honor ha grabado en nuestros pechos
 la fe, que nos cumplimos, sin jurarla.
 Ven, ven, nunca el destino riguroso
 pueda romper tan verdadera alianza!
 (*vas.*

ESCENA ULTIMA.

Pes. Qué zeloso furor! qué negra furia
 me agita el corazon, me oprime el alma!
 Un Africano inculto y horroroso
 me ha robado el objeto de mis ansias!
 Yo adoraba á Edelmira; con el tiempo
 gozar de sus encantos esperaba,
 y un despreciable y vil aventurero
 ha tenido la dicha de agradarla!..
 Otélo es adorado de Edelmira,
 y él con an- or recíproco la paga:

hoy mismo, en mi presencia, para siempre con un vínculo estrecho ya se enlazan! Y yo he de permitir que en este día, *paus.* e e monstruo destruya mi esperanza! No será mientras Pésaro respire: mi justa indignacion ya te prepara entre amigos solícitos y fieles una conspiracion y oculta trama: espero que su ayuda generosa será obstáculo firme á mi desgracia.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Hernancia, Edelmira.

Herm. Sí señora la vista de los hombres evitar diligentes es preciso: si pretendiese hablaros ese jóven, que todavía no hemos conocido, yo le conduciré: lo ignora Otélo, y de esto no debemos advertirlo.

Edel. Por qué se ha de ocultar?

Herm. Cuanto mas grande en su ardor amoroso, y su cariño, es tambien mas propenso á las sospechas:

una sola centella, un leve indicio puede excitar un espantoso incendio. No desprecieis, señora, mis avisos: la vigilancia, el arte y el cuidado, que se opone á los riesgos y peligros, muchas veces alijan las desdichas del corazon pacífico y tranquilo.

Edel. Tú el lugar de mi madre ocupar debes:

en tus manos benéficas me fio. Sí, yo causo la muerte de mi padre!.. O Santo Dios!..

Herm. Señora, del destino de vuestro amado padre luego al punto yo voy á preguntar á mis amigos. Pronto tendreis noticia de su suerte.

vase.

ESCENA II.

Edel. En vano busco mi valor antiguo: aun la luz á mis ojos se oscurece con vapores censuros y sombríos: mi corazon consulto en sus presagios, y solo me responde con latidos,

que una horrible tormenta pronostica. Yo la veo acercarse! qué martirio ya descarga su furia destructora sobre este corazon tan afligido! O padre! con qué paz, con qué relieve libre de tantos males con que lid pasé gozosa mis primeros dias! los dias de mi infancia fugitivos, á tu lado amoroso, y en tus brazos. Si pereces... ó Dios!.. tiemblo á cirlo.

De Venecia el Gobierno es implacable y jamas perdonó ningun delito. Y yo he de ser... ó cielos! y mis fallas le han de precipitar en el abismo de la infelicidad y la miseria!.. Permitted que yo pueda darle auxilio ya que causa inocente de sus males por mi desgracia, sin querer, he sido. Mas quién se acerca? ay triste! es aquel jóven... este no llevará el dolor consigo de causar el tormento de su padre y yo infeliz de mí!..

ESCENA III.

Hernancia acompaña á Loredano y se retira dejándole dentro. Edelmira se queda.

Jóven sencillo! cuando todo me aflige y amedrenta, venis á consolarme en tal martirio mi padre ya..

Lor. Señora, estoy inquieto: se dice, que acosado y resentido de Venecia su patria, se retira á buscar lejos de ella nuevo asilo: que ultrajó con palabras al Senado que detestó á Venecia, que maldijo á su pais natal, con vituperio de su Gobierno, Leyes y Ministro y que secretamente ha concertado su venganza con nuestros enemigos.

Edel. No: conozco á mi padre, con palabras

exhalar su furor habrá podido en el primer impulso de su enojo pero ser un traidor.. y vengativo á su patria!.. El estado en mis abuelos, no traidores, siempre ha sido de ellos descendiende; sí, sabrá imitar y seria el ultrage mas indigno, si yo temblase por su cara vida.

En todo serán nobles sus designios
 Lo mismo pienso; y en su furia veo,
 que su amor á la patria es excesivo.
 ¿Se aplacareis: su corazon paterno
 cómo resistirá vuestros suspiros?
 ¿A dulce paz en vuestro amable pecho
 un trono fijará, y á un tiempo mismo
 un inempeño, de amor acompañado,
 pondrá fin á los llantos y gemidos.
 ¿Pero yo triste... Yo desesperado,
 ¿que á padecer parece que he nacido,
 ¿que detesto mi vida miserable,
 ¿que busco la muerte con ahínco...
 Ah, señora!... ¿Alcanzasteis compasiva
 aquel único bien que os he pedido?
 ¿¿¿pedisteis á Otélo?... me es ya dado
 seguirle á los combates y peligros?
 ¿¿¿deberé la muerte que desco?
 ¿¿¿. Cuando mi lengua preparé á cum-
 pliros
 ¿¿¿a promesa, y Otélo me escuchaba,
 ¿¿¿presentándose al punto á mis sentidos
 ¿¿¿a juventud, la gracia, los dolores,
 ¿¿¿el interes que inspira el noble brio
 ¿¿¿de un héroe, que la muerte solo busca:
 ¿¿¿el movimiento dulce que sentimos
 ¿¿¿de piedad... en mis labios, al abrirse,
 ¿¿¿as palabras, señora, han detenido.
 ¿¿¿por qué os obstinais?
 ¿¿¿. Ah!... mas que nunca
 ¿¿¿veo la muerte dentro de mí mismo.
 ¿¿¿. Pero el cielo conserva vuestro
 padre?
 ¿¿¿. Disfruta de la vida el beneficio.
 ¿¿¿. Y desgraciado vos quereis hacervlo.
 ¿¿¿. La desesperacion me ha conducido
 tal extremidad: el sentimiento
 el dolor han turbado mis sentidos.
 ¿¿¿. No os separeis de los paternos bra-
 zos.
 ¿¿¿. Señor.
 ¿¿¿. En el mundo no hay asilo
 para mí; para mí, que en otro tiempo
 gocé tranquilidad Ah!
 ¿¿¿. Señor, decidlo.
 ¿¿¿. No os detengais, fíadme vuestra pena,
 mi corazon es tierno y compasivo:
 ¿¿¿. Decidme vuestro nombre, y vuestro es-
 tado en mi favor este servicio. (tado:
 ¿¿¿. Señora... no... jamas.
 ¿¿¿. ¿Dónde nacisteis?
 ¿¿¿. ¿Dónde os han educado? desenbrido.
 ¿¿¿. Un extranjero se tomó este cargo.
 ¿¿¿. Un extranjero? y cómo? qué de-

signio?
 Lor. Nunca tendré razon para quejarme
 de su ternura y paternal cariño.
 Temiendo que mi vida feneciese
 á manos de algun bárbaro asesino
 en las guerras civiles y sangrientas,
 en que se halló el Estado sumergido,
 un anciano virtuoso y diligente
 me dió la educacion entre sus hijos:
 la mano protectora de los cielos
 llenó mi humilde y plácido retiro
 de objetos alagüeños y preciosos,
 que de gozo llenaban mis sentidos:
 yo ví los padres, y los tiernos frutos
 de su amor: me encantaba el regocijo
 de esposos satisfechos y contentos,
 que á costa de sudores infinitos,
 el sustento á la vida necesario
 ganaban inocentes y tranquilos;
 admiraba el reposo de esta vida
 tan dichosa, tan llena de atractivos,
 que la naturaleza proporciona,
 y aquella paz de alma, don divino
 que tan leves momentos disfrutamos,
 que tan pronto perdemos y sentimos:
 la fama en nuestros campos publica
 las victorias de Otélo esclarecido.
 Vine luego á Venecia, y de su triunfo,
 asombrado y confuso fui testigo:
 ví la pompa magnífica y sublime,
 que celebraba su valor invicto:
 jamas un espectáculo tan bello
 se habrá gozado en anteriores siglos.
 La marcha magestuosa del Senado,
 los templos, los soldados, y los gritos
 de alegres marineros, y de un pueblo
 anegado en placer y regocijo,
 la luminosa noche que igualaba
 del sol al resplandor y claro brillo;
 Otélo, que modesto en su grandeza
 parecía ignorar su triunfo mismo...
 todos estos objetos lisonjeros
 colmaban de placer el pecho mio:
 una jóven hermosa de repente
 se presentó á mis ojos sorprendidos,
 y aquel grande y magnifico aparato
 se borra de mi alma; solo miro
 el bellísimo rostro de la jóven
 y en sus gracias el cielo me imagino:
 conocí, que rendido á sus encantos,
 la entregaba mi vida y mi albedrío;
 de mi mente el amor jamas se aparta.
 O! cuántas veces para mi martirio
 se presentó su imágen á mi vista

en la cumbre del hórrido Apenino,
 en las hondas cavernas, en los montes,
 en los bosques opacos y sombríos,
 en medio de los áridos desiertos,
 y á orillas de un arroyo cristalino,
 donde en vano mis ojos la buscaban,
 de verter tiernas lágrimas rendidos!
 Por fin, llegó á su colmo mi desgracia,
 y su felicidad al tiempo mismo;
 ella ama, y es amada, el himeneo
 hará pronto feliz amor tan fino,
 y esta última desgracia os manifiesta
 que vos sois la que quiero, y he que-
 rido.

Edel. Qué escucho! esas palabras impru-
 dentes

se dirigen á mi? Qué desvarío
 es el vuestro, señor?... qué?... mi des-
 gracia

es causa de un ultraje tan indigno?

Pensais vos que en mi pecho, aunque
 postrado

con las adversidades, se ha extinguido

esa noble altivez, que á las virtudes

en medio de su pena infunde brio?

Si amo á un héroe glorioso, si le adoro,
 también mi honor y mi virtud estimo.

No imaginé, señor, que en este dia
 vuestra declaracion hubiera oido:

mi deber, que enjuariateis, os advierte

que os retiréis al punto de este sitio,

y no volvais jamás á mi presencia.

Lor. Vuestro enojo, señora, he merecido
 con razon.

ESCENA IV.

Dichos, Odalberto.

*Loredano, viendo á Odalberto, se retira
 al fondo, y escucha.*

Escuchemos á Odalberto. *Sigue.*

Edel. O padre!... Vos, señor... O padre
 mio!

Qué horrible palidez en ese rostro
 de una fatal desgracia me da indicios?

Odal. Qué te importa de un padre la des-
 gracia,

despues que la han causado tus delitos?

Por qué profana tu culpable boca

de padre el nombre cuando me has ven-
 dido?

Pero de mi venida otra es la causa:

arrancarte al momento determino
 de mansion tan funesta y execrab
 el paternal derecho está conmigo.
 Aun no armó con su fuerza el him
 á ese vil corruptor, que yo abomi
 No logró todavía ser tu esposo;
 si tienes corazon, si das oídos
 á la voz del honor y de la sangre,
 si quieres evitar el exterminio
 de tu padre, de toda tu familia;
 y si quieres, en fin, que enternec
 hija vuelva á llamarte un triste pa
 sigue mis pasos lejos de este sitio.

Edel. Ya sabeis qué disturbios, qué a-
 rotos

mi amor en este dia ha producido.

Odal. Nos compadecen. La piedad o
 mueve

ese corazon débil y sencillo,

un corazon purísimo, inocente,

que un infame traidor ha seducido

Ah cruel!... Aquí mismo... en este
 tante

siento excitarse el paternal cariño:

tú suspendes mi cólera, tú ofreces

un retrato perfecto, hermoso y viv

de tu hermana infeliz y de tu madre

Por qué la muerte, cuando cortó el h
 de su mísera vida, me ha dejado

sin enterrarme en el sepulcro mism

Dime, qué esperan mis cansados añ

lágrimas, abandonos y martirios:

la desesperacion...

Edel. O, padre amado!

Odal. Ah; sí... tu padre soy, y mis s
 piro

son las muestras mayores del afecto

de un padre, que te quiere, y ha qu

rido;

recuerda los desvelos y cuidados,

el singular placer y regocijo

con que en los tiernos años te inspira

amor á la virtud, y horror al vicio.

En mi sangre cifaba mi esperanza;

bien me hallase venciendo al enemig

en el campo de honor, ó en el Sena

con la toga pacífica vestido,

al bien de mi familia y de mi pueblo

ofrecí mis penosos sacrificios.

El amor á mi patria se aumentaba

cuanto el cariño de mis propios hijos

Recobra tu razon; vuelve en ti mism

reconoce tu casa, y el destino

á que debe aspirar tu noble sangre.

ye, para curar ese delirio,
tus predecesores inmortales,
que desde el centro del sepulcro frío
pretenden vindicar su antigua gloria,
á ti dirigen sus tremendos gritos.
Por nosotros, Venecia y sus escua-
dras,
todo el mar á su imperio han some-
tido:

y al parecer la libertad en Roma,
en Venecia encontró seguro asilo.
Ve á tu hermana y á tu triste madre
halando los últimos suspiros:
díjala, que te estrecha entre sus bra-
zos.

¿Quieres que yo me vea fugitivo,
en auxilio en la tierra, despreciado?
¿Quieres darme, hija mia, este castigo,
porque tengo la dicha de ser padre?
¿Para ti, si me amas, prevenido
vengo ya el himeneo mas illustre.

Ah!
L. Salgamos.

Y cómo he de seguirlos?
¿Cómo morirá, si yo le dejo.

L. A Otélo compadeces?...
Es muy digno

que le compadezca todo el orbe,
y mil veces mas culpable he sido.

¿No turbé su razon sin pretenderlo;
¿No de agradarme le enseñé el camino:

¿No, fijando mis ojos en los suyos,
le emponzoñé con su veneno activo.

¿No soy criminal... mirad á Otélo
valeroso, triunfante, y vuestro amigo.

L. Eso aumenta mi cólera y su infam-
ia:

¿Cuando todas mis fuerzas yo dedico
á darle una acogida lisongera,

¿Entonces él... entonces ese inicuo
me corazon leal atravesaba,

¿Fijando en mi sangre su cuchillo.
¿Para calmar el pueblo su himeneo,

¿Perzarme á consentir ha pretendido;
¿Pero en vano se jacta su insolencia.

L. Padre...

L. No mas... que ya tomé partido,
no le mudaré, si el mismo cielo...

L. Mirad, señor...

L. A un bárbaro, á un maligno
de sender te atreves? calla, ingrata,
solo al oír su nombre me horrorizo.

... firma este billete.

Saca un billete, y se le presenta.

Edel. Con qué intento?

Odal. Firmale pronto: firmale te digo.

Saca un puñal.

ó con este puñal rompo mi pecho.

Edel. Qué haré... valedme, ó Dios!

*Firma el billete con la mayor precipita-
cion, y se le da á su padre.*

Odal. Ya estoy tranquilo:

tú serás el apoyo de mi casa,
de mis cansados años el alivio:
el cielo reservó para tu mano
un jóven, que lejano de los vicios
se educó, practicando las virtudes;
su natural bondad no han corrompido
la impostura, el egemplo, las pasiones,
ni aun de Venecia el esplendor ha vistó.
El noble padre de este illustre jóven
á mi cargo ha dejado su destino:
Loredano, por fin, es quien merece
ser dueño de tu mano: mira que es hijo
de nuestro Dux.

Edel. O Dios! Y estáis seguro
de que á mí se dirigen los suspiros
de este jóven?

*Loredano sale del fondo del teatro en
que estaba oculto, y dice:*

Lor. Señora, os idolatra:

el ardor de su pecho es excesivo;
lo juró por el cielo: por vos misma
respondo de su amor y su cariño;
respondo de su fe constante y firme.
Loredano, señora, soy yo mismo.

Odal. No hay duda... él es.

Edel. Señor... Será posible?

Odal. Pues si tu amor, si tu valor invicto
se igualan con tu illustre nacimiento,
tú su esposa serás. que yo te elijo.
Ve aquí á Edelmira como padre suyo
puedo yo disponerlo.

Lor. O, Dios benignó!...

Edel. Y qué, señor, tendreis atrevimien-
to?...

Odal. No escuchéis ni sus quejas, ni sus
gritos;
ni tan poco su cólera furiosa... 1 á ella,

(1)dale prontola mano (2) sé mi hijo 2dél

Se lo arroja.

Odalberto toma la mano de su hija, va á enlazarla con la de Loredano, ella lo resiste, y casi desfallece.

Lor. Señor, mirad, que su semblante hermoso,

con triste palidez se ha obscurecido,
que sus miembros se van debilitando,
que tiembla y desfallece.

Odal. Qué motivo
hay para que tu mano tambien tiem-
ble
cuando coges la suya?

Edel. O padre mio!...
Cómo puede ignorar que ya la he dado,
y el corazon tambien?

Odal. Sin mi permiso
tú de ti misma disponer no puedes:
tu corazon, tu mano, tu destino,
tu sangre, y aun tu vida, es de tu pa-
dre.

Edel. Pues entonces, señor, qué bien me
hizo,
para qué me crió naturaleza?

Odal. Aquí dentro tenia establecido

Señala el corazon.

el mas sólido apoyo de tu dicha:
y te enseña á no echar en el olvido,
que en el paterno zelo y vigilancia
disfrutas el mas alto beneficio.

Edel. Y qué he de hacer?

Odal. Obedecerme pronto.

Edel. Mi corazon resiste á tal designio,
y Otélo... no... jamás...

Odal. Escoge.

Edel. Padre...

Odal. Acaba.

Edel. Os debo el ser: ó padre mio!
y la sangre que anima mi existencia
gustosa derramára por serviros.
Pero Otélo me ama. Yo le adoro.

Odalb. Ya soy libre: sí, en vano he pre-
tendido
que una ingrata volviese á ser mi hija:

Todo con el mayor despecho.

mi torpe error renuncio y abomino:
ahí tienes el villete; y yo en mi pecho

tengo todas las furias del abismo
Ama, adora por siempre á ese mal
aun no se ha abierto el hondo pr-
cio,

que te confunda en su terrible se-
pero se abrirá pronto, lo confio,
no, no temas mi enojo: sigue, s
al fin del universo á un hombre in-
te, que renuncio á su frenética locura,
que renunciar á todo determino,
naturaleza, patria, honor, deben
todo ya lo detesto; nada miro.

A Dios: recibirás la recompensa
del tigre que en tu seno has admi

ESCENA V.

Edelmira, Loredano.

Edel. Mi padre me abandona!

*Lee temblando el villete que firmó,
entregó su padre.*

Lor. El justo cielo
no verificará su vaticinio,
ni Odalberto quisiera se cumpliera.

Edel. Es posible? mi padre! Qué he le

ESCENA VI.

Dichos, Hermancia.

Her. Vuestro padre señora, en este
tante

se halla cercado de inminentes ries-
antes que os visitase, su violencia
ultrajó nuestras leyes con desprecia-
mereció su rigor y su venganza.

Evite, ó cielos! golpe tan funesto;
mas qué dolor mortal voy á causa-
qué herida voy á abrir en vuestro
cho!

La indigencia y la fuga son los bi-
únicos que le quedan, sin remedio
ignoro cuáles sean sus delitos;
pero sé, que el Senado, en un de-
le quita sus honores y sus bienes,
y tambien le despoja del derecho
de noble ciudadano de Venecia:
tiemblan que si le prenden, al mom

los diez la Asamblea sanguinaria
 para satisfaccion pida su cuello.
 Señora vereis! á vuestro padre,
 entre las manos de un verdugo fiero,
 hablando los últimos suspiros!...

Señor, no me dejéis: mirad que el
 cielo

en su luz se berana me ilumina.
 vuestro padre... señor, el padre tierno
 que tanto os ama, puede en este caso
 salvar al mio de un peligro extremo:
 como Duix, él tendrá poder y amigos,
 como padre, su mayor deseo
 será el bien de su hijo Loredano:

¡ Si los dos, estando de concierto
 nuestra union las dulces esperanzas
 fundirle podemos algun tiempo!...

este papel, señor, que de mi mano
 es mi libertad os hace dueño,
 puede asegurar que mi desigüo
 con vos mismo, sensible á mis desgracias,

uniendo á mi llanto vuestro ruego,
 proteger mi padre desgraciado
 quisieses obliigar, piadoso, al vuestro...

que repugna á la verdad sencilla,
 aun á mi corazón este rodeo:

esta a qué miré tierna y compasiva
 vuestro amor y virtud, os lo confieso;
 pero la vida de mi caro padre

es ya el único bien á que yo anhelo.
 en vuestras manos pongo ese villete:
 honor y mi destino en él entrego:

o en vuestro semblante el testimonio
 un corazón pacífico y sincero,
 una alma generosa y compasiva.

o, no lo dudando, me dais consuelo:
 os está recreando la dulzura,
 el gozo imponderable, aunque se-
 creto.

o en el alma sentimos los mortales
 cuando á los semejantes socorremos.
 os mi padre, señor, tiemblo al pen-
 sarlo,

o halla á la baja afrenta y vilipendio
 la vil indigencia reducido:
 para sacarle de ella, yo no tengo

o los los medios que tener quisiera.
 o andose la diadema de diamantes.
 o madesta diadema, que os ofrezco:

o tesoros del Asia y de la Europa
 o siera se añadiesen á su precio:
 o pudieran mis ojos infelices,
 o torrente de lágrimas vertiendo,

ver brotar los tesoros con el llanto
 para calmar la pena que padezco!
 Id, señor: de una accion tan gene-
 rosa,

solo vos mismo ser podéis el premio.
 Lor. Voy pronto á obedecer, voy á sal-
 varlo:

me matais, y es preciso complazeros:
 mi corazón amante está postizado...
 Pero oid el tremendo juramento
 que hago en vuestra presencia. Si este

día
 forma el vínculo odioso que preveo;
 si presencio espectáculo tan triste,
 juro que al punto... de furor me lleno...

juro, que resentido y despechado
 por tramas, por disfraces, por los me-
 dios

que primero me ocurran, voy furioso,
 y os arrebató del altar funesto:
 excusad mi furor, y mi amenaza...

considerad que os amo, y que hoy os
 pierdo.

Voy puntual á salvar á vuestro padre:
 voy á servirlos: quiero, y debo hacerlo;
 pero soy generoso: estoy turbado...

solo al pensar mi suerte me estremezco.
 No acepto vuestra estima todavía:
 os amo con furor, y tengo zelos:

aun puedo cometer algun delito...
 qué digo?... Ay infeliz!... No, no lo
 creo:

no os dañarán mis zelos, Edelmira,
 no llegará mi furia á tal extremo.
 Y otro ha de ser!... qué turbacion!...

qué rabia!
 dudo si estoy en mí, me desespero:
 nada aseguro; mas temedlo todo:
 de mis acciones responder no puedo.

ESCENA VII.

Edelmira, Hermancia.

Edel. Qué amenazas! ó cielo! Hermancia
 mía!

Ya destruida mi esperanza veo.

Su zeloso furor me ha horricizado:

qué mirada feroz y de despecho
 lanzó sobre Edelmira al despedirse!...

Pero di: se dará por muy contento

ese jóven furioso y temerario

en perturbar mi dicha y mis deseos?

en gozar de mis lágrimas amargas,

se dejará llevar á tal exceso?
 Podrá, al tiempo que vaya á ejecu-
 tarle,
 verificar tan bárbaro proyecto?
 No lo creo; es magnánimo, es virtuoso;
 pero es jóven: me ama, y se halla ex-
 puesto
 á cometer delitos mas atroces,
 y acaso podrá ser... Querido Otélo,
 haz que nuestro himeneo se celebre
 en dias mas tranquilos y serenos.

ESCENA VIII.

Dichas, Otélo.

Otélo. Ven: ya el altar tenemos preparado.

Edel. Y mi padre señor?

Otélo. Está resuelto

á no poner obstáculo: eres libre.

Edel. Haced, señor, que un misterioso
 velo

nuestro himeneo oculte.

Otélo. Ya mi amigo

dió las disposiciones á este efecto.

Edel. Si se engaña?

Otélo. Conozco su prudencia.

Edel. Diferid por un dia este himeneo.

Otélo. Ven: sígueme.

Edel. O Hermancia! un solodia... á Otélo.

Otélo. Si en este no eres mia, yó me mue-
 ro.

Edel. Solo un dia, mi bien!

Herm. Ceded, señora.

Edel. Vuestra mano me guie, santos cielos!

ACTO CUARTO.

ESCENA PRIMERA.

Otélo, Pésaro.

Otélo. Qué! En el templo, y al ir á despo-
 sarme,

consigo ser dueño de su mano!

Un oculto rival!... Traicion horrible!

Si mi esfuerzo y valor no lo ha estor-
 bado,

al pie de los altares ese alevé

con furor la arrebató de mis brazos!

Pés. Vuelva la paz á tu agitado pecho.

Edelmira está dentro de palacio,

el cielo te la vuelve. El cielo mismo

tendrá de conservártela cuidado.

Otélo. Pero al pie del altar querer ro-
 lar!...

Qué monstruo tan feroz y temerario
 concebir pudo tan injusta empre-

Pés. Ya te lo he dicho... sí... en Ven-
 estamos.

Otélo. Si sería Odalberto quien por fu-
 intentó separarla de mi lado,
 y pretendió llevársela á su casa...
 Nada observé: tal fue mi sobresalto
 pero tú, que tranquilo y sin turba
 has podido observar todo el acaso
 aquel jóven que vimos aquí dentro
 se hallaría con ellos? lo has notado?

Pés. No, amigo, yo no pude distinguir
 desde un parage obscuro, y aun lej-
 pero noté, que mientras furibundo
 los zelos de ti mismo te sacaron;
 mientras lleno de cólera y enojo
 señales de tu rabia estabas dando
 noté, digo, al través de los disfraces
 de un rostro jóven los brillantes ras-
 de un jóven despechado y orgulloso
 que de ardientes deseos enagenado
 la muerte horrenda, ó Edelmira
 mosa,

frenético de amor iba buscando.

Tengo grabadas todas sus facciones
 y espero conocerle si le hallo.

Otélo. Amigo, hablo tranquilo y satisfecho
 el amor propio nunca me ha cega-
 veo á un tiempo brillar en Edelmi-
 rá juventud, la gracia, los encantos
 la hermosura, el honor, y tambien
 su sangre ilustre, y ascendientes
 ros:

yo confio en la fe de sus palabras
 y de su corazón; pero no extraño
 que de otro y no de mi se enamoró
 un guerrero, en las armas educado
 carece de las gracias y atractivos
 del amante alagüeño y cortesano.
 y aun cuando pretendiese que
 otro...

Pés. Llenos estan, no hay duda, nue-
 fastos

de los nombres famosos de sus pa-
 Su hermosura orgullosa, el lustre
 de su cuna, la débil inconstancia,
 que suele acompañar los pocos años
 la oferta de otro esposo, á que
 tende

hacerla consentir un padre airado

¿qué sé yo... Mas que ideas te combaten?

Pienso, y no puedo menos de pensarlo,

¿Edelmira, tan jóven y tan bella, será infiel... no.

Yo pienso otro tanto.

Y lo crees?

En este dia, amigo, amor y su virtud os ha mostrado.

¿Sí... lo veo... Mas qué quieres decirme?

Tus ojos perspicaces no notaron los progresos de amor en sus facciones? ¿Evitaba el mirarte?

¿Al evitarlo, mas ansiosa y mas tierna me miraba.

Asi en un corazon honesto y sano amor quiere ocultarse, y se descubre. ¿A no te turbará ningun cuidado?

¿No: nada me perturba.

Acaba, Otélo.

¿Quisiera, y no me atrevo á pronunciarlo.

¿Habla, qué te detiene?

¿Cuando vine

para llevarla al templo sacrosanto, pretendí penetrar si la animaba

el amor, que en mi pecho han inspirado tus ojos placenteros y risueños,

mas de repente la asaltó un desmayo.

¿Quién causó aquel temblor y turbaciones?

¿Por qué su frente con cruel descaro

desecó la riquísima diadema con que humildes mis manos la adornaron?

¿Por qué si es tan sincera, tan virtuosa, cerca de ese jóven no me ha hablado? ¿Cuál sería el dolor que la angustiaba?

¿Teme los zelos..

¿Zelos... yo abrigarlos?

¿Un tormento tan vil y despreciable..

¿No, amigo, solo busco el desengaño..

¿Dí, piensas que ese jóven imprudente arrancarme á Edelmira haya intentado?

¿No me disfraces nada: dí, qué piensas?

¿Habrá sido él quien meditó aquel rapto?

¿No me disfraces nada: dí, qué piensas?

¿Habrá sido él quien meditó aquel rapto?

¿No me disfraces nada: dí, qué piensas?

¿Habrá sido él quien meditó aquel rapto?

¿No me disfraces nada: dí, qué piensas?

¿Habrá sido él quien meditó aquel rapto?

¿No me disfraces nada: dí, qué piensas?

¿Habrá sido él quien meditó aquel rapto?

¿No me disfraces nada: dí, qué piensas?

¿Habrá sido él quien meditó aquel rapto?

¿No me disfraces nada: dí, qué piensas?

¿Habrá sido él quien meditó aquel rapto?

¿No me disfraces nada: dí, qué piensas?

¿Habrá sido él quien meditó aquel rapto?

¿No me disfraces nada: dí, qué piensas?

¿Habrá sido él quien meditó aquel rapto?

Otélo. Quién! yo temblar! estoy muy sosegado:

y tú crees...

Pes. Que él solo, él solo ha sido, cuyo traidor y pérfido conato te llenó de vergüenza en este dia con su culpable ardor desenfrenado.

Otélo. Si Edelmira me hiciese el menosprecio

de entregar la diadema á mi contrario...

Infeliz!... infeliz! mas le valiera perecer en los climas africanos al furor de los tigres y leones, y que su cuerpo vil, hecho pedazos, y destrozados sus sangrientos miembros

de carnívoros monstruos fuese pasto... que, si son verdaderas tus palabras, caer por su desgracia entre mis manos.

Pes. Ah! me horrorizas.

Otélo. Siga sus intentos:

si descubro su objeto depravado, si de su amor descubro algun indicio, yo... yo mismo un castigo preparando, el mas terrible que inventarse pueda, le he de ver moribundo, inanimado, y su cuerpo sangriento he de ponerle ante los ojos que le cautivaron.

Pes. Infeliz Edelmira! en sus faros te arrancará la vida este tirano.

Tu mismo amante causará tu ruina!

Otélo. Yo... no!.. jamas...

Pes. Otélo ingrato!

antes que así la juzgues, considera lo que por ti Edelmira está pasando.

Amas... y á quien?.. hablad.. cómo es posible

probarme, que á ese jóven temerario tiene amor Edelmira. Tú quisieras que contra la hermosura cometamos el delito de hacerla responsable de los fuegos que enciende, ó de los daños

que por defecto nuestro casi siempre su inocente atractivo habrá causado?

Porque temblaba, infiel quieres que sea?

y porque vuestros ojos repararon que la diadema falta de su frente,

culpable sin razon la habeis juzgado?

Solo os queda un remedio: los rebeldes su cerviz orgullosa ya doblaron.

A la patria servir podeis en Asia:

de Venecia, y los zelos olvidados.
 Temo mas vuestra cólera fogosa,
 temo mas vuestro pecho fiero insano;
 que un ardiente volcan echando llama-
 mas,
 que el furor de los males irritados.
 Idos con Edelmira á la Morea,
 el himeneo puede allí enlazaros:
 allí podreis ganar con vuestros hechos
 gloria inmortal y verdadero aplauso;
 lograreis que Ojalbertos; avergüence:
 oponed la victoria al lustre vano
 que vuestros ascendientes muchas ve-
 ces

para mayor oprobio nos dejaron;
 haced que el orbe admire vuestra glo-
 ria,

de ella zeloso debereis mostraros.

La escuadra está en el puerto prevenida,

y yo en ella contento os acompaño;
 mas si antes de partir, ese hombre in-
 fame

se presentá á mi vista, si le halló
 de este augusto palacio en el recinto,
 me parece que veo ya mi mano
 sobre el leve pecho de ese monstruo
 el golpe de ese acero descargando:
 y á un tiempo, la virtud, mi amigo,
 el cielo

y la hermosura vengará este brazo. *vas.*

ESCENA II.

Otel. Ya respiro... sí... el cielo me con-
 cede

de la fina amistad el fiel dechado
 en ti, Pésaro mio; con qué calma
 y activa frialdad está ocultando
 el ardor impetuoso de su seno!
 O! si el amor en él hubiese entrado,
 cuán fácil le sería el disimulo!
 cómo ejerce un dominio soberano
 sobre sí mismo, y todas sus pasiones...
 No hay duda, podrá ser un adversario
 temible á los amantes; pero veo
 que es el mas generoso, el mas humano:
 con atencion la vista en Edelmira

pauca.

acaso alguna vez habrá parado...
 y el amor... Pero qué? tú le sospe-
 chas?

¡Infeliz! á tu amigo!... pues qué acaso
 no ha podido admirar con ojos puros

su brillante hermosura y sus enca-
 no se equivoca, no mas la desfien-
 de su amable inocencia penetrado
 seguiré sus consejos saludables;
 á otros climas solícito me marche-
 lejos de los tiranos que me cerca
 y llevaré al objeto que mas amo,
 el amor, la virtud vendrán con mi
 la furia de los mares arrojando,
 pero veo á Edelmira que se acer-
 y á Hermancia, que tambien sigue
 pasos.

ESCENA III.

Otelo, Edelmira, Hermancia.

Otel. Señora, me buscabais?

Edel. Ah! sí... ¿os buscaba.

Quería veros, deseaba hablaros,
 no para alimentar mi dulce llama-
 Sabe el cielo, que nunca se ha-
 rado

de mi pecho sensible y amoroso
 la imágen del objeto que idolatro,
 mas quiero estar al lado de mi ap-

Otel. O; pediré un favor: podré alcan-
 lo?

Edel. Hablad, Otelo mio.

Otel. Ya Venecia

el partido rebelde ha desarmado,
 mas del Senado augusto los decre-
 me imponen el gravoso y noble ca-
 de servirla en regiones muy dista-
 el deseo y valor que acompañaron
 en todo tiempo á Otelo, sus deberes
 su honor todo lo empeña en acep-
 y ya la escuadra solo á vos esper-
 y yo tambien vuestra respuesta ag-
 do.

Edel. Si tuvieseis el nombre de m-
 poso...

Otel. Pensad que debo serlo.

Edel. Atravesando

por medio de tormentas y borras-
 por los terribles mares dilatados
 por medio de mil muertes os sigu-
 Cuan lo el amor nos guía, qué a-
 gamos?

Peró si en la indigencia y la mis-
 peréiese mi padre desdichado!
 entonces, ay de mí! yo, yo sería
 quien clavase (pensándolo desu-
 el agudo puñal en sus entrañas.

un rayo de esperanza, sin embargo
mi tímido pecho infunde aliento:
e parece que el Dux ha mitigado
el rigor justiciero en mi presencia:
voy á suplicarle, quizá humano
sensible á los ruegos de una hija,
si padre se vería perdonado.
No lo ignorais: en este mismo día
pérfido traidor arrebatáros
tentó del altar.

L. Pero esta gracia
queréis concedérmela: dignaos:
considerar que ha sido la primera.

L. Perdonad, sí...

L. Señor, yo la demando,
no debéis negármela.

L. Confieso
que cuesta repugnancia el arriesgaros:
morais el poder de vuestros ojos?
¿algano...

m. Su candor y su recato
desconoce el orgullo y la hermosura.
Vos en el olvido habeis echado
vuestro amor fiel que de ella os hizo dueño?
¿esta prenda pudiera aseguraros,
o la apartéis jamas de la memoria:
la dirija siempre vuestros pasos
al amor y al bien; si acaso la sospecha
os condujese á algun error infausto,
ceded á sus súplicas: son justas,
merece su amor, no hay que du-
darlo.

L. Basta, Hermancia; me opongo á
vuestros deseos
contra mi voluntad, y disgustado;
no os conozco á Venecia, y por lo mis-
mo...

L. Ay de mí!
m. Qué martirio la ha causado!
¿tenéis corazon para afligirla?

L. ¿ais á su tierno amor tan duro pago?

L. Hermancia!

m. El color pierde.

L. Yo fatiezco.

m. Señor, su único amparo
sois vos: vos sois su padre, sois su es-
poso:

mirad sobre su rostro el dulce agrado,
en duda se olvidó de vuestra ofensa.
¿a sus ojos, señor, quieren miraros.

L. No: yo no te aborrezco: estoy con-
tenta...

primero que causarte, esposo amado,
una mas leve sospecha, deseára

que mil veces el cielo con sus rayos...

Oiel. Yo mismo me aborrezco, me des-
testo:

¿hiere, yo soy quien causo tu martirio,
no merezco gozar de tu presencia,
ni aun de enjugar tus lágrimas soy dig-
no,

compadece mis males y tormentos,
mi ardor, y los furiosos repentinos
de la sangre africana que me anima:
infunde generosa en mis sentidos
el reposo apacible que tú gozas;
á tus plantas humilde lo suplico.

Sí: tu esclavo seré, tú sola seas
la luz que veo, el aire que respiro;
y yo á fuerza de amarle y de quererte,
á la excelsa virtud llegue contigo.

Mañana, cuando el sol su luz nos vuel-
va,

vete sin detencion: Ve, dueño mio,
habla al Dux en favor de un tierno
padre.

Mira tu hija, Hermancia; si yo mismo
prometo lo será: verá su dicha,
y descansada vivirá conmigo.

Si á Edelmira ofendiere con sospechas,
el cielo me abandone á mi delirio,
y pierda yo el tesoro inestimable
que su favor me habia concedido.

Edel. Otélo mio! Sí, para ti solo
mi corazon reserva su cariño.

O Dios! vuestra justicia vengadora,
si le ofendo, prevenga mi castigo.

ESCENA IV.

Oiel. No: la naturaleza, el mundo entero
una virtud tan pura nunca ha visto:
es la misma virtud, que desde el cielo
á consolar la tierra ha descendido;
desgraciado de aquel que sin prudencia
se atreviese á enpeñar su claro brillo;
veo que sin piedad atravesara
su corazon mi acero vengativo:
mas Pésaro se acerca á pasos lentos,
demostrando tristeza, y con sigilo.

ESCENA V.

Oielo, Pésaro.

Pes. Sabes tú padecer?

Oiel. Me han enseñado.

Pes. Y sin agitación el triste aviso

de un infortunio grande escuchar pue-
des?

Otél. Hombre soy.

Pes. Edelmira... ultráge impío!

Edelmira... yo tiemblo... es...

Otél. Dilo pronto.

Pes. Infiel.

Otél. Infiel? la prueba necesito,

con que dámela luego;

Pes. Prueba quieres?

atónito me dejas al decirlo.

Puede llegar á mas tu violencia?

he vengado tu amor, y yo recibo

en vez de recompensa vituperios.

Sí, mis ojos han visto y conocido

á ese rival infame é insensato,

á su furor siguió mi desafío;

la justicia triunfó en nuestro combate;

el traidor en él tuvo su exterminio,

y en su cuerpo sangriento y execrable

esta diadema y carta he recogido?

tú conoces la firma.

Otél. 1. Ella es. 2. No hay duda.

1. *Mirando la diadema.* 2. *La carta.*

El onjo y la cólera reprimo:

este villete puede ser acaso

de alguna traicion pérfida el indicio.

Pes. Toma, lee.

Otél. „Padre mio, conozco la sinrazon
con

„que os he ultrajado: renuncio la mano

„de Otélo; Dios quiera que mi arrenpen-

„timiento pacifique vuestro onjo: vos

„solo teneis derecho de disponer de

„vuestra hija = *Edelmira.*

Sí... ya puede.

Pes. Desdeñoso

desprecias la culpa y su delito;

no sientes el furor, tampoco el odio?

Otél. La desesperacion; Pérsaro mio, con
calma

la desesperacion tengo en mi pecho;

pero el tiempo es precioso... yo he ser-
vido

á tu patria, y aun mas quiero servirla
para recompensar sus beneficios.

Necesita un guerrero que sostenga

de sus armas el lustre primitivo:

al retirarme yo puedo nombrarle,

y á ti te nombro, á ti. Pérsaro amigo.

Voy á hacer la propuesta en el Se-
nado.

Pes. Yo? á mí...

Otél. Voy á morir, tenlo entendido:

escucha: este es el tiempo de ser
Otelo...

Yo llené de amargura y de marti-
r á un respetable anciano, y á la tu-
este cruel pesar llevo conmigo:
su alma está exasperada, sin con-
si le vieres errante y fugitivo
favorece su fuga; mas si vive
procura no se pierda, y dale a-
Este anciano es el único en la tie-
á quien faltas de Otélo han ofendi-
mas todo con mi muerte se reme-
y se perderá todo si yo vivo.

Lo muestra sin dárselo.

Entrega este papel, esta diadema
á la hija de Odalberto; mas te di-
que sea sin nombrarme: no la in-
cosa que la recuerde mi destino,
mi vida ni mi muerte. Nada, na-
Logre felicidad en el cariño
de un esposo mas noble, mas ame-
termine la carrera que ha empre-
halle su dicha y todos sus placeres
y yo la paz en el sepulcro frio.

Al ir á darle el villete, con el mayor

furor.
Mira: ves el papel? ves la diadema
pues yo quiero empaparlos, sume-

los
en la sangre infeliz y detestable,
en esa sangre impura que abo-

pausa

Pérsaro, ven: en donde está ese
trou?

lleváme, lleváme al horrible sitio
en que su infame cuerpo ensan-
tado

pueda yo contemplar con regoci-
Concibes mi placer, cuando yo ve
sobre el cadáver pálido marchito
de ese rival traidor, de ese tiran-
el cuerpo de su amante reunido?
cuando sobre sus miembros palpita
el pecho la traspase este cuchillo

Se detiene y reflexiona.

Otelo, qué haces?... bárbaro de
Qué ceguedad perturba tu juicio
De una débil muger nunca la mu-
el valor de tu brazo ha deslucido
Siento que mi furor se ha refres-

por el exceso del ultrage mismo...
 acuerdo las palabras que su padre
 despedirse, con furor; me dijo:
 "La engañado á su padre, no es extraño
 que con el tiempo engañe á su mari-
 do."

Es verdad.
 Con qué pérvida cautela
 aparenta dolores y suspiros!
 te parece que Edelmira sea
 fiel de corazón? *Pes.* Es positivo:
 sus prendas serán eternamente
 su iniqua maldad fieles testigos.
 Por qué en el seno de la ardiente
 Libia

ólo no murió desconocido!
 Desgraciado!...
 Las recias tempestades
 viento anuncia con terrible ruido:
 rayo con relámpagos avisa
 golpe destructor, y los rugidos
 el leon su presencia nos advierten;
 las aparentes halagos nos destroza
 aparentes halagos nos destroza
 corazón cual pérvido asesino.
 Edelmira...
 Su nombre te entenece.
 No puedo sepultarla en el olvido.

ESCENA VI.

Dichos, Edelmira.

1. Señor, todo el palacio han pertur-
 bado
 nuestros tremendos y espantosos gritos,
 yo vengo á buscaros: qué os agita?
 Nada.

2. Me lo ocultais? No, no decidlo.
 Qué, temeis descubrirme vuestras pe-
 nas?

3. No: antes bien ostoy muy persua-
 dido
 me mi amor os es grato, y vuestra len-
 gua
 que sentía el corazón ha dicho.
 Pero cómo me hablais con voz tan dé-
 bil?

4. Cuando el alma y el cuerpo han pade-
 cesitan reposo: yo conozco (cuido).
 me será duradero, me es preciso.
 Pésaro, que aflicciones se apoderan
 del corazón de Otélo?... Qué motivo?
 y triste!.. por qué?
 5. Estimo tus piedadades.

Ed. Qué haré! qué haré, mi Dios! ó Dios
 benigno!
 dulce, y tierna amistad!... sueño apaci-
 sanad su corazón... ble!..

Otel. Yo me imagino
Sarcasmo horrible.

el reposo del vuestro: la paz siempre
 de la inocencia compañera ha sido.
 Pésaro, vamos.

*Edelmira que hasta ahora no habia ob-
 servado á Otélo, le mira con atencion al
 oír sus últimas palabras; nota su amarga
 sonrisa, baja la cabeza, y se estremece.*

ESCENA VII.

Edel. O cielos, qué sonrisa
 qué mudanza de vos! que seco estilo!
 qué despedida!... en su tranquilo pecho
 qué oculta tempestad se habrá movido?
 Mi corazón es puro: Otélo me ama,
 él es sensible, yo me determino
 á hacerle que me explique sus pesares.
 Su amigo le hablará: yo de este sitio
 no quiero separarme. O santos cielos!
 si vuestra providencia ha decidido
 que el uno de los dos muera este dia,
 vuestro decreto solo en mí cumplido.
 Ved mi vida, tomadla, que á este precio
 os bendigo en mis últimos suspiros.

ACTO QUINTO.

*El Teatro representa el cuarto de Edel-
 mira: en el fondo está su alcoba ó dormi-
 torio: se ve su lecho, varios muebles,
 una luz, un clave &c.*

ESCENA PRIMERA.

Edel. El sueño ya mis párpados agobia,
 y mis ojos solícitos se cansan
 en buscar el palacio de mi padre.
 Sola estoy: ó Dios mio! mas, qué causa
 de horror y timidez llena mi pecho?
 Qué susto, qué temor me sobresalta?
 qué mi ardor amoroso se ha extinguido?
 De terribles presagios penetrada,
 un temblor pavoroso me circunda
 desde que entré confusa en esta sala.
 Con sus sordos clamores pronostica...
 si á nunca salir de ella pronunciada
 estará por mi muerte miserable?
 Por qué tanto persigue la desgracia

¿a esta infeliz muger? será posible que tan jóven intente aniquilarla, y acabar con su vida? mas quién viene?

ESCENA II.

Hernancia y Edelmira.

Her. Yo soy; pero qué miedo os acobarda? temeis la injusta cólera de Otélo?

Edel. No, no puede temerle quien le ama.

Herm. Os dió acaso señales de su furia con su triste semblante, ó sus palabras?

Ed. Ah... me ha hablado de calma de reposo,

y de un sueño de paz, con que se acaban todos los infortunios y los males que nuestra vida mísera maltratan.

No podré yo explicarte lo que quiso darme á entender con esto, amada Hernancia.

Her. Pero en sus ojos descubrir podian los vuestros el motivo *Ed.* Sus miradas me lanzaba colérico y furioso, y su amarga sonrisa me espantaba.

Her. Quién mudar su carácter ha podido?

Edel. Yo me acuerdo del dia en que la parca me privó de mi tierna y dulce madre.

Con la mas profunda melancolía.

Her. Por qué aumentais vos misma vuestras ansias?

Ed. Su cuarto parecía á este en que estamos.

Her. Es posible... *Ed.* Y tambien sobre su cama

una antorcha fatal se consumia, y con su débil luz nos alumbraba:

Mira la antorcha.

parece la estoy viendo. *Her.* Qué memoria! vuestra alliccion, señora, es demasiada.

Ed. Mi madre hasta el instante de su muerte

ignoró su peligro. *Herm.* Así la sabia Providencia del cielo nos concede hasta el postrer aliento la esperanza.

Ed. Me has preparado, amiga, los vestidos que cubrieron su cuerpo en la hora infesta?

Herm. Olvidad esa muerte dolorosa.

Edel. Morirás inocente y desgraciada!

Con voz debilitada y trístisima.

Herm. Señora, mirad...

Edel. Sí... todo fengce...

Her. Pero el cielo tal vez tambien derrame en nuestros dias contos dolorosos algunas flores entre espinas tantas.

¿Su bondad muchas veces nos consuela?

Ed. Morirás inocente y desgraciada! *Con*

Dice este verso con un grito terrible y doloroso.

He. Qué escucho! ó Dios! su grito penetrante

me estremece... qué horror os atormenta?

Ed. Piensas que Otélo en su inplacable furia

podrá darme la muerte, ó intentarla *Con dulzura.*

Herm. Señora, no lo sé; pero le temo.

Ed. Otélo no es cruel. *Her.* Mas despedaza su vengativo corazon los zelos.

Acaso estais, señora, muy cercana de un hondo y espantoso precipicio.

Ed. Ninguna cosa habrá que me persuada que Otélo me aborrece. *Her.* Los errores y las sospechas rara vez sanan.

Edel. Y del amor firmos no podemos?

Her. Suele causar delitos y desgracias.

Edel. La desdichada Laura ha perecido víctima del amor: la triste Laura,

ah!... los zelos cegaron á su amante.

Iba, y al pie de un sance reposada, sin murmurar de su infeliz destino,

á los vientos sus penas confiaba, y en un cántico triste y lamentable,

conforme á sus congijas inhumanas, su voz se confundia con su llanto.

A mí en esta ocasion cantar me agradan los versos mismos que cantó ella entonces.

Hace una pausa.

Al tiempo de morir los pronunciaba!

Se vuelve á mirar al clave.

¿reparar qué instrumento... duermen todos.

Si en este mismo sitio yo juntara mi voz con sus sonidos misteriosos!

Herm. Pero os conmueve mucho.

Edel. No: me encanta;

en él tengo el mas fiel de mis amigos, él alivia mi pena solitaria:

éstame sin testigos, ya te dije que este lígubre cántico me agrada.

Canta. 1. Al pie de un sance Laura apoyó,

y de su amante lloró la locura.

¿Qué? Yo le adoro, y él me cree porjura.

Yo por él muero, él mi pena causó!

Cantad el sance, y su dulce verdura

Como una flor dos instantes gocé:
e amé, morí. Ah! mi alma es toda pura.
Te engañan.. sí.. tú verás la impostura:
tú la verás: y yo infeliz seré.

Cantad el sauce, y su dulce verdura.
La noche viene, el cielo infunde horror.
Oigo gritar el buho en voz oscura.
Los verdes ramos pierden su hermosura.
El sauce llora, y llora mi dolor.

Cantad el sauce, y su dulce verdura.
Dicen que Laura se detuvo aquí:
puerta quedó la brillante natura;
ni el viento ya, ni el arroyo murmura,
Laura jamas volvió á cantar así.

Cantad el sauce, y su dulce verdura.
*Oye el ruido de un furioso huracan, y
Edelmira se extremece de repente.*

Pero qué ruido es este?.. santos cielos!
m. Es una tempestad.

l. Querida Hermancia
comenzó el huicacan.. Ah!.. no hay re-
curso,

la noche será horrible y desastrada.
m. Huyamos al momento de este sitio:

Con viveza.

la inspiracion divina me lo encarga,
el cielo me ha ilustrado en este instante.

No.. yo me quedo mi deber lo manda.
l. Seguid, seguid mis pasos, Edelmira.

l. Pero dime, qué sitio, qué morada
escogerias tú para ocultarme?

Yo abandoné á mi padre, y á la santa
virtud. Her. No os acordeis de esos er-

rores,
que el arrepentimiento á el cielo aplaca.

l. Pero en el triste corazon de Otélo,
sabes tú por ventura lo que pasa?

Si tiene zelos, me estará observando,
mi fuga su cólera aumentará.

anda... vete á gozar del blando sueño.
r. Ah! al dejaros las lágrimas me saltan.

l. Vete.
r. Obedezco: os dejo... y en qué parte?..

hija mia.. hija mia. Ed. A Dios, Herman-
cia.

ESCENA III.

l. Su amor el de mi madre me recuerda.
Pónese de rodillas.

tú que miras; ó Dios! la especie humana
con ojos paternales y piadosos,

aplaca de mi padre la cruel saña:
permite, que estrechada entre sus brazos,

pegue á besar sus respetables canas:
guia los pasos del zeloso Otélo,

que del camino recto le separan:
hablale por la boca de su amigo,
de Pésaro virtuoso, que le ama:
tú diste la amistad á los mortales
por tu extrema bondad: veo mi falta:
mas tu misericordia es infinita;
en mi perdon podrás manifestarla. *pausa.*
El sueño va rindiendo mis sentidos:

Se recuesta en la cama.

él suspende mis penas, las aparta
de mi imaginacion. *quédase dormida.*

ESCENA IV.

Edelmira dormida: Otélo..

Otélo. Sí... lo prometo.

Sí... mi furor acaso me arrastrará
á un exceso: yo quiero refrenarme.

No... tú no morirás... cuánto realzan
su hermosura estas lúgubres antorchas?

Fija la vista en una luz.

Para resucitar la mortal llama
de esta luz, al instante nuevo fuego
podria yo encontrar: mas si apagará
esta llama, que anima tu existencia,
me sería posible el evitarla! *pausa.*

Con qué pureza respirar la siento:
qué poderoso hechizo es el que arrastra
mi persona á la suya con tal fuerza?
á pesar de tu culpa, mira, ingrata,

la sangre que circula por mis venas
aun gustoso por tí la derramára.
En los negros y oscuros calabozos,
de la tierra en las tóbragas entrañas,

privado del socorro de los hombres,
mi vida contentísimo pasára
si verte fiel con eso yo lograrse.

Pero al ver mi ternura tan parlada...
usemos de artificio y de firmeza,
veamos los ardenes y las mañas
con que dispone su impostor semblante
contra la realidad para impugnarla.

Y por qué he de oprimir con su delito
á la infame perjura que me engaña?
mi mal es cierto... mis oprobios veo,
los olvido. muramos sin tardanza.

*Al decir las últimas palabras despierta
Edelmira.*

Ed. O Dios! quién és! quién sois! Sois vos,
Otélo?

Ot. Yo soy no os inquieteis Ed. Pero qué
causa,

perdonad mi sorpresa, os ha obligado
á venir á estas horas á mi estancia?

Otélo. He venido agitado interiormente
por ver si puedo recobrar la calma.

Edel. Pero que turbacion os trae á verme?

Otél. Al amor muchas veces acompañan el susto y los temores. *Ed.* Y tú dudas de mi fe y de mi amor? *Ot.* Yo no dudaba.

Edel. Pero vacilas. *Otél Edelmira...*

Edel. Otélo?.. *Otél.* Qué le diré? *ap.*

Edel. Escuchad: acaso extrañan vuestros ojos no ver en mi cabeza la diadema de amor que la adornaba, y vos mismo pusisteis en mis sienes: he querido, señor, que se empleára, no en aumentar el lustre á mi hermosura, sí en dar la subsistencia necesaria á mi padre infeliz; para este efecto á un generoso jóven entregada...

Otél. En las manos de un jóven la diadema? su nombre? *Edel.* Loredeno.

Otél. Inicua trama! *ap.*
Ah!.. el hijo del Dux: no tengo zelos de ese jóven: acaso tu le amabas?

Edel. Yo... yo... Gran Dios!..

Otél. Pero él puede que te ame.

Ed. Sí.. le he compadecido. *Ot.* Y si te hallas con que por mí rival te le presentan?

Edel. En tal caso á mi Otélo yo aceptára, y no á otro. *Otél.* Me quieres segun eso?

Ed. Mira.. quien hizo el mundo de la nada es un Ser inmortal, y que no deja sin castigo la pérfida falacia: si te engaña, que ponga ante mis ojos aquel libro inmortal, en que se hallan escritos nuestros firmes juramentos; y que ademas me opriman con la carga de todos sus rigores, y permita que mi padre jamas me dé su gracia, ni perdone mi culpa.. estás contento?

Ot. El Ser eterno, cuyo nombre infamas furioso.

con tu lengua engañosa y detestable, debe armar contra tí toda la rabia, y el furor de tu padre; debe al mundo dar una prueba convincente y clara de que castiga un corazon perverso, que violó juramentos y palabras; y en fin, capaz de todos los delitos.

Este monstruo eres tú: tu, sí, malvada, *Ed.* Qué language horroroso! qué oygo cie- los!

Ot. Toma .. lee ese papel: vé si te ultraja mi injusticia.. conoces esta firma?

Ed. Mi espíritu abatido.. *Mirando la carta.*

Otél. Y tú me hablabas de la virtud; y buscarás ahora

otro medio mas vil de aparentarla?

Lee... *Edel.* O cielos!

Otél. Lee, lee tu suplicio.

Edelmira lee el villete con voz alta.
Ot. Y qué disculpas das? *Ed.* todo me m...

todo va reuniéndose en mi daño.

Otél. Y todo te confunde, desdichada. *Muda de repente el semblante, y con la voz mas espantosa dice:*

Mírame... me conoces?.. me conoce

Edel. Ya no veo al amante que adoré ya no veo á mi esposo... no .. la muerte solo veo retratada

en tu feroz semblante... O padre mío tú me lo has anunciado, tú acertab

Ot. Antes que al blando sueño te entregara *Con frialdad.*

has dirigido al cielo tus plegarias? *Ed.* Le he rogado por vos *Ot.* Un c...

tiempo voy á esperarte aquí.. retírate... au

Ed. Y qué quereis decirme? *Ot.* Prepara

Ed. Pero á qué *Ot.* Este acero os lo señ

Muestra el puñal.
Edel. A mí... Dios mío... que... á gr

Otél. Silencio... vamos, preparaos se trata de vuestra alma

Otélo se pasea agitado.
Ed. Otélo. cómo?.. yo á tus pies me pos

Ot. No.. la muerte.. *Ed.* Mi voz debili

os jura que jamas.. *Ot.* O! hazte

cente, *Enternecido.*

y toda mi existencia se consagra á que seas feliz... Mas dí, ese jóven

Edel. Arde de amor en la funesta llama *Otél.* O tormento!.. decid, con qué me

desdeñabais mi mano en esta carta No era esto declararle, que á lo mío

su hineneo, y no el guio, deseabas? *Edel.* Mi padre entró en palacio presu-

„firmale, pronunció con voz airada, p

„ó con este puñal rompo mi pecho“

Yo le firmo. *Ot.* Sin ver lo que firmas?

Edel. En efecto, sin verle, y al instante cogió mi mano é intentó enlazarla

con la del mismo jóven; y yo me oprimí moví su enojo... me escuchabais? d

bais? *Ot.* No... y despues? *Ed.* Indignado llanto me volvió ese papel, que yo aterr

me temiendo por su vida.
 Y luego? *Ed.* Le entregué á Lore-
 no.
 O Dios! qué rabia! *ap.* (intento?
 ara qué?.. con qué fin.. dime.. á que..
 Para que conservando la esperanza
 e nuestra unión, su padre procurase
 salvar la vida al mio. *Ot.* y con tal tra-
 za has engañado? *Ed.* El cielo es buen
 testigo
 que es el único engaño que me agrava.
 Y Loredano en fin... *Ed.* Habrá ense-
 ñado
 esta promesa al Dux. . y yo aguardaba
 que este hombre generoso libertase
 la vida de mi padre. *Otél.* Y él tus sanas
 pararas intenciones protegía
 sin esperar.. *Ed.* Ciertos es, nada espera-
 ba!
 Y si un mortal tan noble y generoso,
 un héroe encantador que se disfrazó,
 me hubiese contigo de concierto
 para robarte? . sí... ya se trataba (sen-
 tir que el Dux y tu amante comprendie-
 que ibas á otro himenco disgustada:
 fue aquí el motivo de la resistencia,
 que temblando ponias á mi marcha.
 El cielo soberano te castiga
 por un medio distinto. Ves la carta?
En cada mano una cosa.
 Pues mira la diadema, aquí la tienes;
 sin este instante acabo de tomarla.
 Pésaro me la ha dado. *Ed.* Ah! él es tu
 mi destino feliz ya se declara; (amigo:
 si Loredano le entregó esa prenda,
 ya vuelve á renacer mi confianza;
 ya creo que mi padre nos perdona,
 y nuestro amor permite. *Ot.* No, te en-
 gañas,
 que Loredano á Pésaro, mi amigo,
 la diadema llegó... pero arrancada
 del cuerpo miserable de este jóven,
 que tendido en el suelo se quedaba,
 revolcando en sangre torpe, impura,
 por mil heridas vomitando el alma.
 L. Ha muerto!... ha muerto!...
 L. Y tú su muerte lloras!
 L. Cielos, qué oigo!...
 L. Lástima te causan
 tu juventud sus gracias lisongeras.
 L. Loredano... Loredano. *Ot.* Que ha-
 blas,
 infiel! *Ed.* Doy con mi llanto el home-
 naje

á su virtud... era inocente. *Otél.* Calla...
 un traidor, que abomino, era inocente?
Edel. Era inocente... sí.
Ot. Miras esta arma? *Muestra el puñal.*
Edel. Sí; pero yo desfiendo la inocencia,
 aunque tu augusto acero me amenaza.
Ot. La inocencia? *Ed.* Lo juro, sí, lo juro
 por el Ser protector que nos ampara,
 lo juro por mi amor, y por tí mismo:
 tu sangriento puñal no me acobarda.
Otél. No... pues muere. *Edel.* O mi Dios!
*La da una puñalada mortal, y Edelmira va
 retrocediendo, y cae muerta á los pies
 del lecho; Otélo sigue.*

Está bien hecho
 lo que acabo de hacer con esta ingrata.
 Su amor perverso queda castigado,
 y confundida su traidora infamia.
 Nunca hubiera creído en una jóven
 tan tierna una altivez tan descarada:
 es efecto del clima; es necesario
 que toda la perfidia veneciana,
 para llevarla á extremos tan horribles,
 reunida en su pecho se encontrara...
 Mas la piedad.. No... no, que era culpa-
 ble;
 la diadema, el villete, su arrogancia
 y execrable osadía me ha forzado
 á tal arrojoo... veo mi venganza
 con ánimo sereno... pero á dónde
 dirigiré mi pavorosa planta?..
 Vuelve, Pésaro amigo.. vuelve.. vuel-
 ve...
 ven me consolarás... Mi accion es mala,
 solo propia de un bárbaro.. á una niña..
 sin duda yo debiera perdonarla...
 pero quién origina los latidos
 que mi corazon trémulo quebrantan?
*Se esfuerza por volver la vista hacia el cuer-
 po de Edelmira: no se atreve, y por fin se
 pone á considerarla.*
 Allí está.. miraré.. insensible.. inmóvil
 como el sepulcro... convertida en nada...
 Tan terrible espectáculo encubramos:
*Corre las cortinas del dormitorio de Edelmi-
 ra: siente pasos, se extremeece, y sigue
 diciendo.*

quién viene?

ESCENA V.

Hermancia, Otélo.

Herm. Ah Señor! Pésaro se halla
 preso, y le imputan un atroz delito.
 Esos espías, que el estado paga,
 han adquirido fiel conocimiento

de todos sus proyectos y sus tramas.

ESCENA ULTIMA.

Otelo, Hermancia, Mocénigo, Loredano, Odalberto, y algunas personas que traen hachas encendidas.

Mocén. Aquí está Loredano.

A Otelo, mostrándole su hijo.

Otel. O Dios! qué escucho!

Mocén. Pésaro, vuestro amigo, os engañaba;

y era vuestro enemigo el mas infame. Ardiendo en una impura y torpe llama por la bella Edelmira artificioso, su fuego y sus proyectos ocultaba: afectando serviros ese monstruo, al pie del sacro altar quiso robarla: de un rival os indujo las sospechas, fingió su muerte con astuta maña, y aparentó, para probar su intento, haberle hallado la diadema y carta que puso en vuestras manos. Ah, mi hijo pensó que su amistad no fuese falsa, pensó que era un amigo verdadero, y de este modo al vil traidor encarga que entregase á Edelmira la diadema y el papel que ocultaros importaba; habiéndose frustrado los designios que este monstruo formó para gozarla, os llenó de sospechas ponzoñosas para excitar contra ella vuestra rabia, y á un tiempo destruirla, y destruirlos; ahora confesó sus negras tramas, y en medio de tormentos rigurosos en este instante de morir acaba. Mira aquí tu rival.

Lór. Yo he sido, Otelo, el que aplaqué la cólera obstinada del sensible Odalberto; este Senado, informándose á fondo de su causa, halló ser el dolor de un tierno padre, que un momento de furia arrebatava,

Otelo,

y no un crimen de Estado... por lo mismo

le concedió el perdón de aquella falta. Me debéis á Edelmira... sea vuestra: amada, sea feliz: podeis gozarla... Su padre respetable ya os perdona: dad al cielo las mas sinceras gracias, que os apartó de tan funesto lazo.

Otelo ha estado distraído, sin oír lo que decía Loredano.

Ot. Qué me habeis dicho? *Lór.* Habla *Herm.* De qué diuana ese largo silencio?... por qué... *Od.* triste!

mi hija no se presenta.. dónde se halla *Otel.* Ahora duermo... dejadla que repos *Hermancia va presurosa hacia la alcoba* descubre las cortinas, y se descubre el cadáver sangriento de Edelmira: la sangre corre de su herida.

Herm. Todo lo veo!.. O Dios!..

Otel. Qué horror me causa!..

A qué parte huiré? Quién me detiene Edelmira... Edelmira...

Mocén. O suerte infausta!

é terrible espectáculo! *Ot.* Su hechizo su virtud y su amor... ya Dios se apiada y me la volverá.. muerta! *Odal.* Qué pena!

Ah!.. Yo soy el verdugo que la mata *Ot.* Ya murió.. Yo he abierto su sepulcro Víctima tierna y dulce... prenda amada *Ot* qué dolor!.. Qué furia! para sien pre... para siempre... sí... yo arrancadme el alma... mi esposa.. amigos... sí... compadece me...

Estrechando en sus brazos el cadáver mata.

Te volveré á estrechar... muero.

Todos. O desgracia!..

VALENCIA:

Imprenta de Domingo y Mompié. 1821.

En la misma imprenta y librería se hallarán un gran surtido de comedias antiguas y modernas, tragedias, sainetes y unipersonales, por mayor y menor.